

JAMES
TIPTREE JR.



**HOUSTON, HOUSTON,
¿ME RECIBE?**

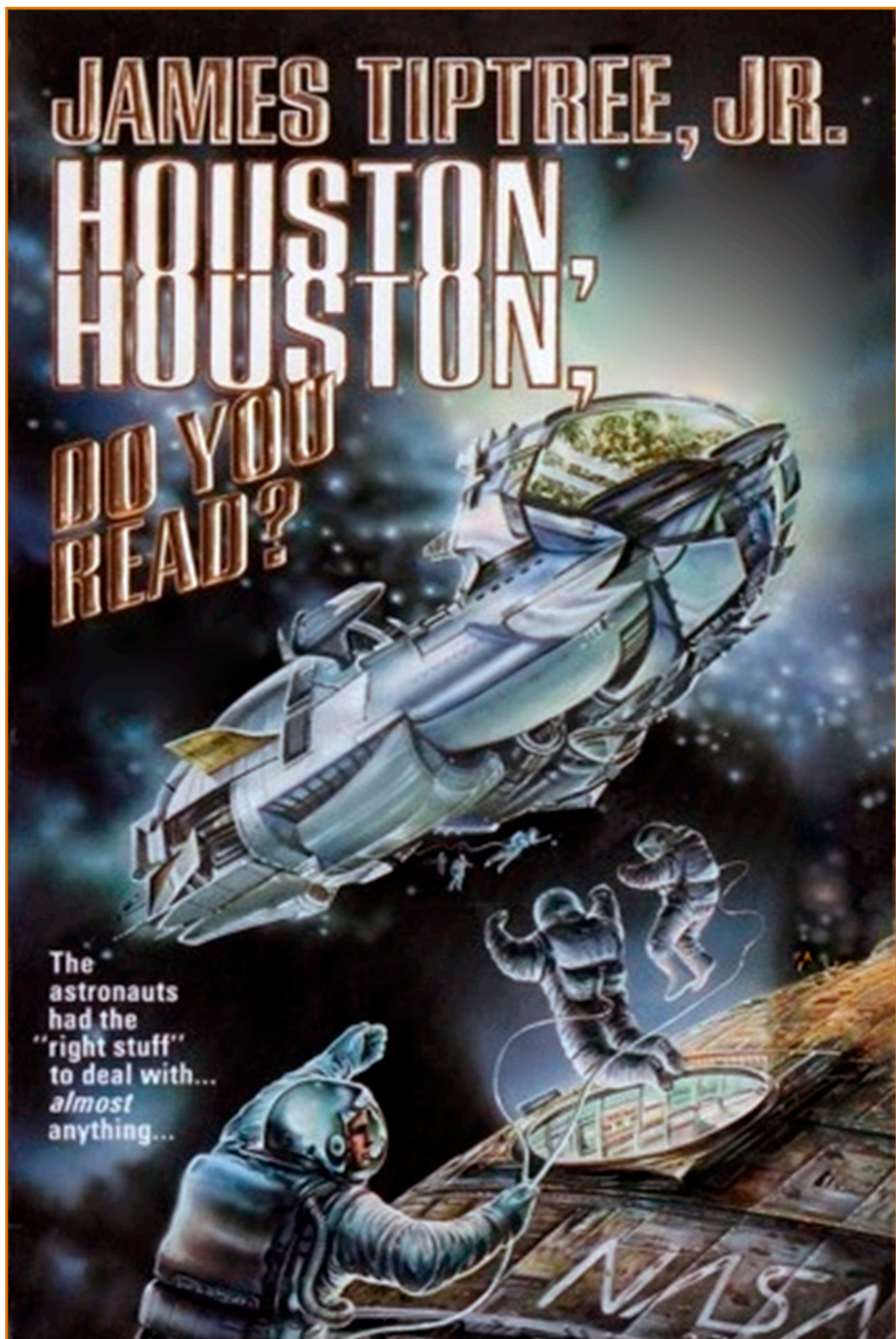
Houston, Houston, ¿me recibe? es una novela corta que Alice B. Sheldon firmó y publicó con el seudónimo de James Tiptree Jr. cuando aún no se conocía su identidad. Se publicó por primera vez en la antología *Aurora: Beyond Equality*, editada por Susan Janice y Vonda McIntyre, en la que se especulaba acerca de la igualdad entre géneros.

El relato comienza cuando los tres tripulantes del Sunbird, la primera misión espacial en torno al Sol, escuchan unas extrañas transmisiones al tratar de contactar con la Tierra. Poco a poco, van comprendiendo que en su viaje de exploración han pasado junto a pequeños agujeros negros y han sido transportados al futuro.

La narración se centra en la visión de Lorimer, sus frustraciones y deseos. Lorimer es una apelación al lector: es un hombre, con instintos masculinos de los que no puede deshacerse del todo, pero también es un científico, propenso al análisis, y un ser humano con gran capacidad de empatía, tanto con las mujeres como con sus propios compañeros, por lo que se convierte en un narrador ideal, en equilibrio entre la imparcialidad y lo instintivo.

JAMES TIPTREE, JR. HOUSTON, HOUSTON, DO YOU READ?

The
astronauts
had the
"right stuff"
to deal with...
almost
anything...



James Tiptree, Jr.

HOUSTON, HOUSTON, ¿ME RECIBE?

James Tiptree Jr., seudónimo de Alice B. Sheldon

Título original: *Houston, Houston, Do You Read?*

Extraído de: *Los premios Hugo, 1976-77*

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN. Isaac Asimov

UNO. Lorimer ojea la gran cabina

DOS. Un pantallazo de la memoria

TRES. Lorimer está despelegando

CUATRO. La mente de Lorimer

CINCO. Son las Judys

SEIS. Por un instante

PRESENTACIÓN

Isaac Asimov

Hace unos años, Theodore Sturgeon, escribiendo una columna de críticas en el *New York Times*, trazó una lista de los mejores autores de ciencia ficción de los años setenta, y señaló que, con excepción de James Tiptree, Jr., todos eran mujeres.

Lo que Ted ignoraba, y que nadie supo hasta 1977 (un año después de que se publicara «Houston, Houston, ¿me recibe?»), es que James Tiptree Jr., también es una mujer. Su verdadero nombre es Alice Sheldon.

Bien, ¿cómo he de llamarla ahora? No puedo llamarla «Sheldon» y aún menos «Alice». Su nombre literario es

«James Tiptree, Jr.», y mientras trate de ella como persona literaria debo usar su nombre literario (Hablamos de «Lewis Carroll» para referirnos al autor de Alicia en el país de las maravillas. Se habla de «Charles Lutwidge Dodgson» al hablar del matemático y decano).

Y no obstante, tampoco puedo decir «James» o «Jim», aunque hayamos intercambiado cartas amistosas (sin saber que era «ella»). Me parece tonto referirme a una mujer de esta manera, especialmente porque tengo la sospecha de que nunca le han llamado «James» o «Jim» en su cara.

Por tanto, creo que voy a llamarla «Tiptree».

Tiptree es psicóloga de profesión y está diplomada en esta disciplina, habiendo obtenido el título en 1967.

Nunca ha mencionado este doctorado en el contexto literario y eso me parece estupendo. Recuerdo que en los años veinte, cuando acababa de nacer la revista de ciencia ficción, Hugo Gernsback estaba sumamente ansioso por darle la máxima respetabilidad. Cuando descubría que uno de sus autores poseía un título académico, lo usaba en sus publicaciones. Así, Miles J. Breuer aparecía como Miles J. Breuer, M. D.¹; David H. Keller, como David H. Keller, M. D.

Sin embargo, el mejor ejemplo de todos fue el de Edward Elmer Smith, que tenía un doctorado en química. Cuando se

1 Las siglas M. D. significan Doctor en Medicina [N. e. d.]

publicó su primer relato, «The Skylard of Space», Gernsback lo puso en la portada como E. E. Smith, Ph. D².

Los escritores como Breuer y Keller, aunque de gran valía, se desvanecieron en los años treinta, pero E. E. Smith llegó a ser una estrella de la ciencia ficción durante veinte años, y hasta el final siempre fue «E. E. Smith, Ph. D.». Nadie lo lamentó ni nadie le juzgó presuntuoso o envanecido, porque «Doc» Smith era el hombre más modesto y poco presumido jamás creado, y todo el mundo le quería.

No creo que nadie más hubiera salido tan bien librado. Cuando en 1948 obtuve mi título académico, durante un instante de locura pensé llamarme «Isaac Asimov, Ph. D.» en mi primera obra publicada. Bien, fue sólo un mal pensamiento. Después, la cordura volvió a mi cerebro.

Simplemente, no hay que usar el título académico en una labor literaria, ni siquiera debo usarlo yo en el membrete de mi papel de cartas. Recuerdo que un amigo me aconsejó lo contrario.

—No —contesté—, parecería una arrogancia.

—Más arrogante parecerá si no lo usas —replicó—. Será como dar a entender que tu nombre no necesita ningún aditamento para que resulte importante.

2 Las siglas Ph. D. significan Doctor en Filosofía, sin embargo, se utilizan para cualquier clase de doctorado [N. e. d.]

—Cierto —asentí.

Sospecho que Tiptree opina igual..., y debe opinar igual.

HOUSTON, HOUSTON ¿ME RECIBE?

UNO

Lorimer ojea la gran cabina atestada y trata de escuchar las voces. Trata también de ignorar el retortijón visceral que le anuncia que está a punto de recordar algo desagradable. Pero es inútil, aquel momento del pasado vuelve a revivir. Él, que se precipita atolondradamente —¿o lo habían empujado?— en el cuarto de baño desconocido de Evanston Júnior High. La bragueta abierta, el pene en la mano, aún puede ver el borde gris de la cremallera de los tejanos alrededor de la verga pálida y desnuda. El silencio. Las siluetas desconcertantes, las caras que se vuelven. La primera risotada. Muchachas. Había entrado en el baño de damas.

Amargamente humillado, tantos años después, elude las caras de las mujeres. La cabina se curva sobre su cabeza y lo rodea de objetos extraños: el bastidor para bordar, el telar

de las gemelas, la artesanía de Andy, esa endemoniada enredadera que se retuerce por todas partes, los pollos. Tan acogedor... Está atrapado. Irrevocablemente atrapado de por vida en todo lo que no le gusta. Falta de estructura. Fruslerías personales, intimidaciones insignificantes. Los requerimientos que por alguna razón oscura nunca podrá cumplir. Ginny: «Nunca me hablas...». Ginny, amor, piensa sin querer. Pero no siente dolor.

Lo asalta la estruendosa risa de Bud Geirr. Bud está bromeando con algunas de ellas, oculto por una partición. Pero Dave está a la vista. El mayor Norman Davis en el extremo opuesto de la cabina, el perfil barbado vuelto hacia una mujer oscura y menuda que Lorimer no acierta a distinguir. Pero la cabeza de Dave parece extrañamente diminuta y nítida; en verdad la cabina entera parece irreal. Un cacareo estalla en el «cielo raso»: la gallina de Bantam en su canasta.

En ese momento Lorimer está seguro de que lo han drogado.

Es curioso pero la idea no le enfurece. Se inclina, o más bien se voltea hacia atrás, y se posa de piernas cruzadas en la gravedad cero, volviendo los ojos hacia la mujer con la que estaba hablando. Connie. Constantia Morelos. Una mujer alta con cara de luna vestida con un holgado pijama verde. En realidad nunca le ha interesado hablar con mujeres. Irónico.

—Supongo que es posible que no estemos aquí..., en cierto modo —dice en voz alta.

No parece muy claro, pero ella asiente con interés. Está observando mis reacciones, se dice Lorimer. Las mujeres son envenenadoras natas. ¿Ha dicho también eso en voz alta? La expresión de ella no cambia. La visión de Lorimer está adquiriendo una agradable claridad local. La tez de Connie le parece delicada y saludable. Bronceada y olivácea tras dos años en el espacio. Era granjera, recuerda. Poros grandes, pero sin ese aspecto reseco que él asocia con las mujeres de su edad.

—Quizá nunca habéis usado maquillaje —dice, y ve el desconcierto de ella—. Pintura en la cara, polvo. Ninguna de vosotras.

—¡Oh! —La sonrisa de ella muestra un diente partido—. Sí, creo que Andy ha usado.

—¿Andy?

—Para el teatro. Obras históricas, Andy entiende de eso.

—Claro. Obras históricas.

El cerebro de Lorimer parece que se expande y que abre paso a la luz. Ahora está comprendiendo activamente, las miríadas de retazos y fragmentos se enlazan en diseños. Diseños mortales, percibe. Pero la droga lo protege de algún

modo. Un efecto anfetamínico, pero sin la presión. ¿Tal vez es algo que usan por sociabilidad? No, además observan.

—Muchachas del espacio, todavía no me entra en la cabeza —ríe contagiosamente Bud Geirr, que tiene una voz amigable y alegre muy del gusto de la gente; a Lorimer aún le gusta después de dos años—. Tenéis niños allá en casa, ¿no? Qué opinan ellos de que estéis flotando aquí con el buen Andy, ¿eh?

Bud reaparece, el brazo aferrando los hombros de una de las mellizas. La que llaman Judy París, recuerda Lorimer. Las mellizas son difíciles de distinguir. Ella flota pasivamente en ángulo con el corpachón de Bud: es una muchacha feúcha de senos prominentes, con un pijama amarillo y ondulante, el pelo negro y desmelenado. La cabeza roja de Andy se les acerca. Sostiene una gran pelota verde, y parece de dieciséis años.

—El buen Andy. —Bud menea la cabeza, la sonrisa radiante bajo el bigote grueso y oscuro—. Cuando yo tenía tu edad no se podía andar flotando con mujeres.

Los labios de Connie se estremecen ligeramente. En la cabeza de Lorimer las piezas encajan y forman un diseño. Sé, piensa. ¿Sabéis que sé? Su cabeza es vasta y cristalina, realmente muy bonita. Más fácil para pensar. Las mujeres... Ninguna generalización compacta se le forma en la mente, sólo unas pocas caras parlantes en una matriz de irrelevancia

difusa. Humanas, por supuesto. Necesidad biológica. Sólo que tan, tan... ¿Imprecisas? ¿Vanas? Su hermana Amy, soprano con tremolo: «Claro que las mujeres serían capaces como los hombres si nos tratarais como iguales. ¡Ya verás!». Y luego su segundo matrimonio con ese idiota. Bueno, ya ha visto.

—Enredaderas —dice en voz alta, y Connie sonrío, como sonrían todas.

—¿Qué te parece? —dice alegremente Bud—. Habías pensado que alguna vez veríamos muchachas en cero g, ¿eh, Dave? ¡Espléndido! ¡luhuuu! —La cabeza barbada de Dave se vuelve hacia él sin sonreír—. ¡Y el buen Andy acaparándolas a todas...! Eso es malo para el crecimiento, muchacho.

Empuja jovialmente a Andy y lo lanza contra la partición. Bud no puede estar ebrio, piensa Lorimer. No con esa sidra de frutas. Pero normalmente se porta como un tejano de feria. Una droga.

—Eh, no te ofendas —le dice Bud al muchacho, seriamente—. De veras. Tienes que perdonar a un hermano menesteroso. Estas chicas son buena gente. ¿Sabes una cosa? —le dice a la muchacha—. Lucirías estupenda si te arreglaras un poco. Yo puedo enseñarte, el viejo Bud es un experto. Espero que no importe lo que he dicho. En verdad luces realmente estupenda así como estás.

Le estruja los hombros, estira el brazo y también estruja a Andy. Flotan y se elevan, abrazados. Judy sonríe con excitaci3n, casi bonita.

—Sirv monos más de esa bebida.

Bud los empuja a ambos hacia la barra, que ha sido decorada para la ocasi3n con arreglos florales y pequeñas margaritas auténticas.

—¡Feliz Año Nuevo! ¡Eh, Feliz Año Nuevo para todos!

Las caras se vuelven, más sonrisas. Sonrisas genuinas, piensa Lorimer, quizá disfrutan de veras de sus años nuevos. Presiente que tiene una infinitud de tiempo para examinar cada hecho, las implicaciones ramificadas en facetas cristalinas. Soy una cámara de ecos. Es grato observar. Pero ellas también observan. Han iniciado algo aquí. ¿Se dan cuenta? Tan vulnerables, nosotros tres, con cinco en esta nave frágil. Ellos no saben. Un espanto desconectado de la acci3n acecha detrás de su mente.

—Por Dios que lo logramos —ríe Bud—. Muchachas del espacio, el mérito es vuestro. Os felicito, lo juro por Dios. No estaríamos aquí, dondequiera que estemos. ¿Sabéis una cosa? Tal vez decida quedarme en el servicio, después de todo. ¿Crees que habrá lugar para el buen Buddy en tu programa espacial, muñeca?

—Basta, Bud —dice serenamente Dave—. No quiero que se emplee de ese modo el nombre del Creador.

La barba espesa y castaña trasunta una gravedad patriarcal. Dave tiene cuarenta y seis años, una década más que Bud y Lorimer. Veterano de seis misiones con éxito.

—Mil perdones, mayor Dave, viejo camarada. —Bud se vuelve a la muchacha con una risa cómplice—. Nuestro locomandante. Un tipo estupendo. ¡Eh, Doc! —llama—. ¿Cómo está su posición? ¿Todo a punto?

—Salud —se oye responder a Lorimer, y el complejo estrato de sus sentimientos por Bud emerge como un kraken en el claro de luna de su mente.

Los callados sentimientos inmersos que le despiertan todos ellos, todos los Buds y Daves y los grandes, indómitos, joviales, capaces, disciplinados, tontos mesomorfos que han sido parte de su vida. Mesoectos, se corrige. Los astronautas no son atletas sin cerebro. Simpatizan con él, ha tenido cuidado con eso. Simpatizaron lo suficiente para embarcarlo en el *Pájaro del Sol*, para designarlo científico oficial de la primera misión circunsolar. Ese doctor Lorimer, el parco, está en el equipo. Lorimer sabe comportarse, no es como esos otros científicos imbéciles. Hace lo suyo, con ese cuerpo pulcro y menudo y esas frases directas. Y los años de levantarse para el *bowling*, el voleibol, el tenis, el tiro al blanco, el esquí que le quebró el tobillo, el fútbol que le

quebró la clavícula. Cuidado con el doctor, se las trae. Y los veteranos que le palmean la espalda en señal de aceptación. El científico mascota. Doc, para ellos. Sólo que ya no es un científico. La fama creada con su trabajo posdoctoral sobre el plasma no fue más que un acierto afortunado. Pero hace años que no estudia en serio, que no se actualiza. Demasiados intereses dispersos, demasiado tiempo para explicar nociones elementales. Casi un gimnasta, piensa. Treinta centímetros y treinta kilos más, y sería igual que ellos. Uno de ellos. Un alfa. Probablemente ellos palpan por debajo su rencor beta. ¿Ya no había mucho ánimo para bromas en el *Pájaro del Sol*, después de un año de viaje? Un año de Bud y Dave jugando al *gin rummy*. Los malditos ejercicios de pedaleo, demasiado pesados para mí. Pero no es culpa de ellos, formábamos un equipo.

DOS

Un pantallazo de la memoria le muestra los tejanos entreabiertos, los genitales al aire, las caras burlonas que esperan su salida. Los aullidos, las gotas en la pierna. Actuar con parquedad, fingir que él también reía. Cabezas huecas, ya verán. No soy una muchacha.

—¡Y Feliz Año Nuevo para todos los que estáis allá abajo! —salmodia la voz ronca de Bud, parodia del gangoso tono de la NASA—. ¡Eh! ¿Por qué no les enviamos una señal? Saludos a todos los terráqueos. A todos los lunáticos, mejor dicho. Feliz Año No-Sé-Cuántos. —Moquea con gracia—. Aquí está Santa Claus, Houston. Nunca se ha visto nada igual. Houston, dondequiera que estés —canturrea—. ¡Eh, Houston! ¿Me recibes?

En el silencio, Lorimer advierte que la cara de Dave se transforma en el rostro autoritario del mayor Norman Davis.

Y sin previo aviso está de vuelta allí, de vuelta un año atrás en el zarandeado y estrecho módulo de mando del *Pájaro del Sol*, saliendo de detrás del Sol. Es la droga, piensa acuciado por el recuerdo. Es tan real... Basta. Trata de aferrarse a la realidad, de tantear el problema que crece por debajo.

Pero no puede, está allí, flotando detrás de Dave y Bud en el asiento triple, y como de costumbre elude su puesto oficial en el medio, viendo sus reflejos contra la negrura en la ventana inutilizada de la compuerta. La capa exterior está fundida, y apenas se distingue un borrón brillante que tiene que ser Spica flotando a través de la imagen de la cabeza de Dave, que le da al vendaje el aspecto de una corona.

—Houston, Houston, aquí *Pájaro del Sol* —repite Dave—. *Pájaro del Sol* llamando a Houston, ¿me recibe? Adelante, Houston.

Los minutos pasan. Calculan siete de ida, siete de vuelta. Ciento diez millones de kilómetros, un amplio margen.

—La antena de la radio está averiada —dice Bud, jocoso.

Lo dice casi todos los días.

—Es inútil. —La voz de Dave es paciente, también como de costumbre—. Era de esperar. Todavía hay demasiada interferencia del Sol, ¿no es así, doctor?

—La radiación residual de la explosión está casi en línea con nosotros —dice Lorimer—. Tal vez les cueste localizarnos.

Percibe por milésima vez su débil y absurda gratificación por ser consultado.

—Caray, no pasamos Mercurio. —Bud meneaba la cabeza—. ¿Cómo averiguaremos quién ha ganado el campeonato?

Eso también lo dice a menudo. Todo un ritual en esta noche eterna. Lorimer observa el resplandor de Spica bogar junto al reflejo de la pelambre que cubre la cara de Bud. Él mismo tiene patillas ralas y desgredadas, como un Fu Manchú rubio. En el rincón de popa de la ventana hay un fulgor estriado que debe venir de los restos de los acumuladores de energía laterales, calcinados en la explosión solar que hace un mes los alcanzó y fundió las capas exteriores de las ventanas. Fue entonces cuando Dave se partió la cabeza contra el panel. Lorimer chocó contra el medidor de ondas gravitatorias, y todavía no confía en las lecturas. Por suerte, el bombardeo de partículas no afectó un sector de la ventana frontal; todavía tiene unos veinte grados de visión clara por delante. Allí se ve la brillante telaraña de las Pléyades disuelta en una nube de luz.

Doce minutos... Trece. El altavoz suspira y cloquea, callado. Catorce. Nada.

—*Pájaro del Sol* a Houston. *Pájaro del Sol* a Houston. Adelante, Houston. Cambio. —Dave vuelve a colgar el micrófono—. Démosles veinticuatro minutos.

La espera es ritual. Mañana Packard responderá, tal vez.

—Es bueno ver de nuevo la vieja Tierra —observa Bud.

—No usaremos más combustible en posición —le recuerda Dave—. Confío en las cifras de Doc.

No son mis cifras, son hechos elementales de mecánica celeste, piensa Lorimer. En octubre la Tierra puede estar en un solo lugar. Nunca lo dice. No, al menos a un hombre capaz de volar intuitivamente de cualquier cuerpo a otro una vez que sabe dónde está. Bud es buen piloto y mejor ingeniero; Dave es el mejor que hay, pero nunca alardea: «El Señor nos ayuda, Doc, si nos dejamos ayudar».

—El descenso será endiablado con el radar estropeado —dice ociosamente Bud.

Lo piensa por centésima vez. Será endiablado. Dave lo hará. Por eso está ahorrando combustible.

Los minutos pasan.

—Ya está —dice Dave, y una voz desconcertante inunda la cabina.

—¿Judy? —Es alta y clara. Una voz de muchacha—. Judy, me alegra tanto recibirte. ¿Qué haces en esta banda?

Bud resopla. Hay un instante de incertidumbre antes de que Dave empuñe el micrófono.

—*Pájaro del Sol*, les recibimos. Esta es Misión *Pájaro del Sol*, que llama a Houston... *Pájaro del Sol Uno* llamando a Control de Tierra de Houston. Identifíquese, ¿quién es? ¿Recibe nuestra señal? Cambio.

—Estamos ligados —dice Bud—. Alguna increíble interferencia.

—¿Te pasa algo, Judy? —pregunta la voz de muchacha—. No te oigo, hay ruido en la línea. Espera un minuto.

—Ésta es la Misión Espacial *Pájaro del Sol Uno* de los Estados Unidos —repite Dave—. Misión *Pájaro del Sol* llamando al Centro Espacial de Houston. Está ocupando nuestro canal. Identifíquese, repito, identifíquese y diga si puede retransmitir a Houston. Cambio.

—A punto, Judy. Intenta de nuevo —dice la muchacha.

Lorimer se desplaza bruscamente hacia el acumulador de densidad de partículas de largo alcance, un aparato experimental, y activa el motor. El aparato gime y cimbrea; por suerte estaba retraído durante la tormenta solar y se salvó al quedar soldado.

Sintoniza la sonda al máximo e inicia una tosca detección manual.

—Está interceptando el tráfico oficial entre una misión espacial y el Control de Houston —dice Dave, tenso—. Si no puede retransmitir a Houston corte la comunicación, está cometiendo un delito federal. Repito, ¿puede retransmitir nuestra señal al Centro Espacial de Houston? Cambio.

—Todavía se oye muy mal —dice la muchacha—. ¿Qué es Houston? Y además, ¿quién habla? No tenemos demasiado tiempo...

La voz es dulce pero muy nasal.

—Jesús, ahí la tienes —dice Bud—. Ahí la tienes.

—Déjame ver.

Dave se vuelve hacia la improvisada pantalla del radar de Lorimer.

—Allí.

Lorimer señala un diminuto pico estable en el borde de la pantalla, en el sector transcoronal. Bud se inclina también.

—¡Un intruso!

—Tenemos compañía.

—¿Hola, hola? Ya los tenemos —dice la muchacha—. ¿Por qué se oye tan lejos? ¿Estáis a punto? ¿Habéis captado la explosión?

—Un segundo —advierete Dave—. ¿Cuál es la posición, Doc?

—Más de trescientos mil kilómetros, aproximadamente. Es posible que se estén alejando de nosotros para rodear el Sol. ¿Podrían ser cosmonautas, una misión soviética?

—Para ganarnos por la mano. No han tenido suerte.

—¿Con una muchacha? —objeta Bud.

—Ya lo han hecho. ¿Estás grabando esto, Bud?

—Afirmativo —sonríe Bud—. Pero esa mujer no hablaba como una rusa. ¿Quién diablos es Judy?

Dave piensa un segundo, enciende el micrófono.

—Habla el mayor Norman Davis, al mando de la nave espacial *Pájaro del Sol Uno* de los Estados Unidos. Les tenemos en pantalla. Requerimos identificación. Repito, ¿quiénes sois vosotros? Cambio.

—Judy, basta de bromas —protesta la voz—. Te perderemos en un minuto. ¿No entiendes que nos tenías preocupadas?

—*Pájaro del Sol* a nave no identificada. No habla Judy. Repito, no habla Judy. ¿Quién es usted? Cambio.

—¿Qué...? —dice la muchacha y otra voz la interrumpe.

—Espera un minuto, Ann. —El altavoz chilla, y luego otra mujer dice—: Habla Lorna Bethune, del *Escondita*. ¿Qué ocurre aquí?

—Habla el mayor Davis al mando de la Misión *Pájaro del Sol* de los Estados Unidos en curso hacia la Tierra. No reconocemos ninguna nave *Escondita*. Identifíquese, por favor. Cambio.

—Acabo de hacerlo. —Es una voz más vieja con el mismo arrastre nasal—. No hay ninguna nave espacial *Pájaro del Sol* y no estáis en curso hacia la Tierra. Si es una broma no es nada graciosa.

—¡No es una broma, señora! —Estalla Dave—. Ésta es una misión circunsolar norteamericana y somos astronautas norteamericanos. Su interferencia nos molesta. Fuera.

La mujer empieza a hablar y un chillido de estática le ahoga la voz. Al poco tiempo se oyen dos voces. Lorimer cree oír las palabras «Programa *Pájaro del Sol*» y algo más. Bud manipula el silenciador. La interferencia muere en un ronroneo.

—¿Mayor Davis? —La voz es más débil—. ¿Dijo usted que se dirige a la Tierra?

Dave frunce el ceño y responde, seco:

—Afirmativo.

—Bien, no entendemos su órbita. Deben de tener características de vuelo bastante inusuales. Nuestros datos indican que no llegarán a ninguna parte con el curso actual. Perderemos la señal en uno o dos minutos más. ¿Podría decir dónde ve ahora la Tierra? No importa las coordenadas, sólo dígame la constelación.

Dave titubea y luego alza el micrófono.

—Doc.

—La posición de la Tierra está en Piscis —dice Lorimer—. Aproximadamente a tres grados de P. Gamma.

—No —dice la mujer—. ¿No ve que está en Virgo? ¿No puede mirar afuera?

Lorimer se vuelve hacia el borrón brillante de la ventana.

—Hemos sufrido averías...

—Espera —exclama Dave.

—... En una ventana durante una perturbación que nos sorprendió en el perihelio. Naturalmente, conocemos la dirección relativa de la Tierra hoy, diecinueve de octubre.

—¿Octubre? Estamos en marzo —dice Bud al sintonizar.

Todos se inclinan ante el altavoz desde ángulos diferentes. Lorimer está cabeza abajo, los ruidos gimen y chocan como rompientes, la nave desconocida está muy cerca del horizonte coronal.

—... Detrás de ustedes. —Se oyen más aullidos—... banda. Traten..., nave... si pueden, su señal...

Y no perciben nada más.

Lorimer retrocede, mira la chispa en la ventana. Tiene que ser Spica. Pero es alargada, como si hubiera otra fuente de emisión al lado. Imposible. Una excitación le bulle dentro, las voces de las mujeres le retumban en la cabeza.

—Pasa la cinta —dice Dave—. A Houston le interesará muchísimo oír esto.

Escuchan de nuevo a la muchacha que llama a Judy, a la mujer que dice ser Lorna Bethune. Bud alza un dedo.

—Allí hay una voz de hombre.

Lorimer presta atención a las palabras que creyó oír antes. La cinta termina.

—Espera a que Packard reciba esto. —Dave se frota los brazos—. ¿Recuerdas lo que le endilgaron a Howie? Y que alegaron que ellos lo habían rescatado...

—Parece que nos quieren en su frecuencia —sonríe Bud—. Deben de pensar que estamos m-u-u-uy lejos. Eh, creo que esa otra cápsula aparecerá de nuevo. Seremos una multitud aquí fuera.

—Si aparece —dice Dave—. Deja el alerta encendido, Bud. Las baterías se encargarán.

Lorimer observa la chispa de Spica, o Spica más algo, y se pregunta si alguna vez entenderá. La aceptación casual de una trampa o señuelo en esta increíble soledad. Bueno, si esos intrusos son del mismo molde, tal vez lo sea.

—Escondita es un nombre raro para una misión soviética —dice en voz alta—. Creo que significa «oculta» en castellano.

—Ajá —dice Bud—. Eh, yo les conozco el acento. Es australiano. En Hickam salimos con unas australianas. ¿No será que Woomara está enviando alguna misión combinada?

Dave sacude la cabeza.

—No tienen medios.

Lorimer interviene con tono reflexivo:

—Nos topamos con algún fenómeno realmente extraño, Dave. Empiezo a desear que pudiéramos echar realmente una ojeada.

—¿Has metido la pata, Doc?

—No. La Tierra está donde dije, si es octubre. En marzo estará en Virgo.

—Entonces no hay más que hablar —sonríe Dave, y se levanta del asiento—. ¿Has dormido cinco meses, Rip van Winkle? Hay tiempo para una mano antes de la gimnasia.

—Lo que me gustaría saber es qué facha tiene esa hembra —dice Bud cuando cierra el receptor—. ¿Le ayudo a ponerse el traje espacial, señorita? Eh, señorita, métase esto, ipsstpsstpsst! ¿Vas a escuchar, Doc?

—Exacto.

TRES

Lorimer está desplegando los mapas. Los otros pasan a la pequeña sala de recreación de popa por el túnel, sin hacer más comentarios sobre la presencia de la nave desconocida. Lorimer está más impresionado de lo que querría admitir. Fue esa maldita frase.

El tedioso período de ejercicios llega y pasa. Hora de almorzar: dan a los contenedores un calor mínimo para preservar las baterías. De nuevo pollo. Bud lo condimenta con *ketchup* y rompe el silencio habitual contando una anécdota graciosa sobre una muchacha australiana, haciendo una laboriosa autocensura para ajustarse a las tácitas normas de conversación del *Pájaro del Sol*. Después del almuerzo Dave vuelve al módulo de mando. Bud y Lorimer continúan con la tarea habitual de revisar trajes y equipo para salir al espacio a examinar las averías cuando baje la radiación. Ya están terminando cuando Dave los

llama. Lorimer sale del túnel y oye una estridente voz de muchacha:

—... Viaje al pelo. ¿Qué dijo Lorna? Aquí *Gloria*. Cambio.

Enciende el acumulador y se pone a rastrear. Esta vez no obtiene resultados.

—O están en línea detrás de nosotros, o en el cuadrante solar —informa al fin—. No puedo aislarlas.

Poco después otro hilillo de sonido brota del altavoz.

—Podría ser su control de tierra —dice Dave—. ¿Cómo está el horizonte, Doc?

—Cinco horas. Siberia noroeste, Japón, Australia.

—Os decía que la antena no va bien. —Bud alimenta cautelosamente el motor de la antena—. Despacio, despacio. La estructura está torcida, eso es.

—No la partas —dice Dave; sabiendo que Bud no lo hará.

El chillido se extingue, vuelve.

—Eh, esto nos puede servir —dice Bud—. Podemos sintonizarlas.

Una dura voz de soprano dice de pronto:

—Tendrían que estar fuera de vuestra órbita. Intentad en Beta Aries.

—Otra hembra. Ya tenemos la posición —dice alegremente Bud—. Tenemos la posición, creo que nuestros problemas han terminado. Ese artefacto estaba torcido ciento cuarenta y cinco grados. ¡Hurra!

Oyen otra vez a la primera muchacha.

—¡Los vemos, Margo! ¡Pero es tan pequeña...! ¿Cómo vivirán ahí dentro? Tal vez sean criaturas diminutas. Cambio.

—Ésa es Judy —ríe Bud—. Dave, es un disparate, hablan todo en inglés. Tiene que ser alguna misión de la ONU.

Dave se masajea los codos y hace flexiones de puños mientras piensa. Esperan. Lorimer cavila sobre esos ciento cuarenta y cinco grados desde Gamma Piscium...

En trece minutos la voz de la Tierra dice:

—Judy, llama a los demás, por favor. Vamos a pasar la conversación, creo que deberíais oírla. Dos minutos. Oh, mientras esperamos, Zebra quiere decirle a Connie que el bebé está bien. Y tenemos una vaca nueva.

—Código —dice Dave.

Pasan la grabación. Los tres hombres vuelven a escuchar a Dave cuando llama a Houston entre descargas de ruidos solares. La transmisión se aclara rápidamente y se interrumpe cuando la mujer dice que otra nave, la *Gloria*, está detrás de ellos, más cerca del Sol.

—Hemos consultado textos de historia —continúa la voz de la Tierra—. Hubo un mayor Norman Davis en el primer vuelo *Pájaro del Sol*. Mayor era un título militar. ¿Oísteis lo de «Doc»? Sin duda se referían al doctor Orren Lorimer, el científico de a bordo. El tercer miembro era el capitán (otro título) Bernhard Geirr. Los tres, todos varones, por supuesto. Creemos que tenían un motor de reacción primitivo y no demasiado carburante. Lo cierto es que el primer *Pájaro del Sol* se perdió en el espacio. Nunca pudieron volver de detrás del Sol. Fue en la época en que empezaron los grandes estallidos. Jan piensa que debieron de pasar cerca de alguno. Uno de ellos comentó que tenían averías.

Dave gruñe. Lorimer trata de reprimir la excitación que le chisporrotea en las entrañas.

—O son quienes dicen ser, o bien son fantasmas. Pero podrían ser criaturas extrañas que fingiesen ser humanos. Jan dice que los desgarrones de esas superllamaradas pueden afectar a la dimensión del tiempo local. ¿Qué habéis observado allí? Me refiero a los detalles...

«Dimensión de tiempo... Nunca volvieron...». La mente de Lorimer se ancla a la realidad de las dos cabezas barbadas e inmóviles, rehúsa admitir la veracidad de las palabras que él creyó oír: «Antes del año dos mil». La lengua, piensa. La lengua debe de haber cambiado. Se siente mejor.

—¿Margo? —dice una voz profunda de barítono, y en el *Pájaro del Sol* todos abren los ojos.

—... Como esa grande, hace cincuenta años. —El hombre tiene el mismo acento—. Tuvimos verdadera suerte al estar allí cuando estalló. Lo más interesante es que confirmamos la turbulencia gravitacional. Periódica, pero no ondulatoria. Es violenta, nos vapuleó un poco. El espacio sufre tensiones monstruosas allí. Creemos que es correcta la teoría de Francia según la cual nuestro sistema está atravesando un racimo de microagujeros negros. Mientras no nos absorba ninguno...

—¿Francia? —masculla Bud.

Dave lo mira con aire de especulación.

—Cuesta imaginar un desplazamiento en el tiempo. Pero aquí están, sean los que sean, están a más de ochocientos kas de nosotros, rumbo a Aldebarán. Como dijo Lorna, si tratan de llegar a la Tierra están en aprietos, a menos que tengan energía gravitatoria de sobra. ¿Intentamos

comunicarnos con ellos? Cambio. Ah, me alegro por la vaca. De nuevo, cambio.

—Agujeros negros —silba Bud—. Eso es para ti, Doc. ¿Hemos estado en algún agujero negro?

—No, o no estaríamos aquí.

«Si es que estamos aquí», añade Lorimer para sí mismo; un racimo de microagujeros negros... ¿Qué ocurre cuando fragmentos de materia totalmente consumida se acercan o chocan, digamos, en la fotosfera de una estrella? ¿Colapso temporal? Olvídalo. Y en voz alta añadió:

—Quizá nos digan algo, Dave.

Dave calla. Los minutos pasan. Finalmente vuelve la voz de la Tierra. Dice que tratará de establecer contacto con los intrusos en su frecuencia original. Bud mira de soslayo a Dave y ajusta el selector.

—Llamada a *Pájaro del Sol Uno* —dice la muchacha con su voz nasal—. Central Luna llama al mayor Norman Davis de *Pájaro del Sol Uno*. Hemos captado vuestra conversación con nuestra nave Escondita. Nos intriga saber quiénes sois y cómo habéis llegado allí. Si de veras es el *Pájaro del Sol Uno* creemos que habéis debido saltar en el tiempo y pasar por una llamarada solar. —La pronunciación es abierta—. Nuestra nave *Gloria* está cerca de vosotros, os tiene en el radar. Pensamos que tenéis un serio problema de curso,

pues le dijisteis a Lorna que os dirigíais a la Tierra y creéis estar en octubre, con la Tierra en Piscis. No estamos en octubre, es el quince de marzo, veintidós horas. Repito, la fecha de la Tierra es quince de marzo. Tendríais que ver la Tierra muy cerca de Spica en Virgo. Habéis dicho que la ventana está averiada. ¿No podéis salir a mirar? Pensamos que deberíais hacer una corrección de curso muy seria. ¿Tenéis carburante suficiente? ¿Tenéis computadora? ¿Aire, agua, alimentos en cantidad? ¿Podemos ayudaros? Escuchamos en esta frecuencia. Luna a *Pájaro del Sol Uno*, adelante.

En el *Pájaro del Sol* nadie se mueve. Lorimer lucha contra las erupciones internas. «Nunca volvieron. Saltar en el tiempo». El quiste de recuerdos que se ha obligado a suprimir se abulta en el prolongado silencio.

—¿No vas a responder?

—No seas estúpido —dice Dave.

—Dave. Ciento cuarenta y cinco grados es la diferencia entre Gamma Piscium y Spica. Esa transmisión viene de donde ellos dicen que está la Tierra.

—Te equivocaste.

—No me equivoqué. Tiene que ser marzo.

Dave parpadea como si le fastidiara una mosca.

En quince minutos la voz de la Luna repite todo lo anterior, y concluye con un «Por favor, adelante».

—No es una grabación.

Bud desenvuelve una goma de mascar y suma el ruido plástico al zumbido muelle del giroscopio. Lorimer, con la carne de gallina, observa el resplandor ambiguo de Spica. ¿Spica más Tierra? La incredulidad se adueña de él, lo acuna en una compleja sensación compuesta de rostros, voces, el siseo del tocino que se fríe, el rechinar de la silla de ruedas de su padre, la tiza en una pizarra iluminada por el sol, las piernas desnudas de Ginny en el diván floreado, Jenny y Penny acercándose peligrosamente a la cortadora de césped. Las muchachas ya estarán más altas, Jenny tenía casi la estatura de la madre. Su padre vive con Amy en Denver, decidido a durar hasta que el hijo vuelva a casa «Cuando vuelva a casa». Es una locura. Dave tiene razón. Es un truco, un truco endemoniado. La lengua.

Otros quince minutos. La monótona voz femenina vuelve y repite todo con más énfasis. Dave arruga el ceño, como si escuchara un pésimo programa deportivo. Lorimer piensa que bien podría cortar la comunicación y proponer una partida de *gin rummy*. Ojalá lo hiciera. La voz anuncia que ahora cambiará de frecuencia.

Bud vuelve a sintonizar mientras masca con aire sereno. Esta vez la voz trastabilla en un par de frases. Suena cansada.

Otra espera. Una hora. La mente de Lorimer sólo percibe el acoso del punto brillante de Spica. Bud tararea una tonada de Yellow Ribbons y vuelve a callar.

—Dave —dice al fin Lorimer—. Nuestra antena está apuntando directamente a Spica. No me importa si piensas que me equivoqué. Si la Tierra está allá tenemos que cambiar de rumbo inmediatamente. Mira, puedes verla. Sería una fuente luminosa doble. Tenemos que cerciorarnos.

Dave calla. Bud calla pero ojea furtivamente la ventana, el panel de instrumentos, y de nuevo la ventana. En la esquina del panel hay una instantánea de su esposa, Patty, una pelirroja alta, chillona, opulenta. Lorimer tiene ocasionales fantasías con ella. Voz añorada, sin embargo.

Y tan alta... Algunos hombres bajos prefieren mujeres altas. A Lorimer eso le parece indigno. Ginny es una pulgada menor que él. Sus hijas serán más altas. Y Ginny insistió en iniciar un embarazo antes que él se fuera, aunque él estuviera fuera del radio de comunicación. Quizá. Quizá un varón, un niño... Basta, piensa en otra cosa. Bud... ¿Bud ama a Patty? Quién sabe. Él ama a Ginny. Cientos de millones de kilómetros...

—¿Judy? —dice Central Luna o quienquiera que fuese—. No responden. ¿Quieres intentarlo tú? Pero escucha, hemos estado pensando. Si esa gente viene realmente del pasado esto ha de ser para ellos bastante traumático. Quizá acaban

de caer en la cuenta de que jamás verán su mundo de nuevo. Myda dice que esos hombres tenían niños y mujeres con los que convivían, los extrañarán muchísimo... Esto es excitante para nosotras pero para ellos puede ser terrible. Quizá están demasiado apabullados para responder. Tal vez están asustados, y piensan que somos alienígenas o alucinaciones. ¿Entiendes?

—Da, Margo —dice la otra muchacha cinco segundos más tarde—. Nosotras también lo hemos pensado así. ¿*Pájaro del Sol*? Mayor Davis de *Pájaro del Sol*, ¿me escuchas? Habla Judy París de la nave *Gloria*, estamos a sólo un millón de kas de vosotros, os tenemos en pantalla. —La voz suena joven y excitada—. Central Luna ha intentado comunicarse con vosotros. Creemos que estáis en apuros y queremos ayudaros. Por favor, no os asustéis, somos gente como vosotros. Creemos que no estáis siguiendo el curso correcto hacia la Tierra. ¿Tenéis problemas? ¿Podemos ayudaros? ¿Podréis recibir algún otro tipo de señal, si vuestra radio está apagada? ¿Sabéis Morse antiguo? Pronto saldréis de nuestra pantalla, estamos preocupadas de veras. Por favor, responded de algún modo si es posible. Adelante, *Pájaro del Sol*.

Dave sigue impasible. Bud lo mira de soslayo a él, a la ventana, observa el altavoz de manera estólida. A Lorimer se le ha agotado el asombro, sólo quiere responder a las voces. Podría emitir una señal tosca heterodinizando el haz de sondeo. Pero después..., con ambos contra él, ¿qué...?

La voz de la muchacha lo intenta de nuevo, con determinación.

—Margo, es inútil —dice al fin—. ¿Estarán muertos? Creo que son criaturas extrañas.

¿Acaso no?, piensa Lorimer. La estación lunar responde con una voz diferente, más vieja.

—Judy, habla Myda. He pensado otra cosa. Esa gente tenía un código de autoridad muy rígido. Recordarás tus estudios de historia..., daban órdenes para todo. Acuérdate cómo el mayor Davis repitió que estaba al mando. Es lo que se llama una estructura de dominación/sumisión; uno de ellos impartía órdenes y los otros obedecían, no sabemos por qué. Tal vez tenían miedo. Lo cierto es que si el dominante sufre un *shock* o tiene pánico, los otros quizá no pueden responder... A menos que el tal Davis lo consienta.

Jesucristo. Jesucristo en colores, piensa Lorimer; la expresión de su padre para lo inexpresable. Dave y Bud siguen impávidos.

—Qué extraño —dice la voz de Judy—. Pero ¿será que no saben que están siguiendo un curso erróneo? ¿El dominante habrá podido obligar a los otros a volar fuera del sistema? ¿En serio?

Ha ocurrido, piensa Lorimer. Ha ocurrido. Tengo que parar esto. Tengo que actuar pronto, antes que nos pierdan.

Visiones desesperadas de él desafiando a Dave y Bud, que le amenazan. Primero la persuasión.

Justo cuando abre la boca ve que Bud se mueve ligeramente, y con infinita gratitud le oye decir:

—Dave, ¿qué tal si nos cercioramos? Un buen eructo no nos hará daño.

Dave vuelve la cabeza apenas.

—¿O salgo a mirar, como dijo la muchacha? —concluye amable la voz de Bud.

—De acuerdo —dice Dave tras una pausa—. Cambio de posición.

Mueve pesadamente el brazo, teclea meticulosamente los valores del vector que pondrá a Spica en línea con la ventana funcional.

Por qué cuernos no se me habrá ocurrido seguir el procedimiento familiar de verificación, se pregunta Lorimer por milésima vez. No respondas... Y también por milésima vez se siente obscuramente conmovido por la entereza de esa gente. Los auténticos, los alfa. El vínculo entre ellos. El temor que él había sentido al principio por los atletas ridículos del equipo de fútbol de la escuela.

—Fuego, Dave. Siempre que todo esté en orden...

Dave quita el seguro del encendido, pone la computadora en hora real. El casco se estremece. En la cabina todo flota hacia un costado mientras el punto brillante de Spica nada hacia el flanco opuesto y aparece en la ventana frontal cuando estallan los retropropulsores. Cuando la estrella trepa al vidrio claro, Lorimer puede ver con nitidez a su compañera. La luz doble se fija allí. Un buen trabajo. Le alcanza el telescopio a Bud.

—La de la izquierda.

Bud mira.

—Allí está, en efecto. ¡Eh, Dave! ¡Mira eso!

Pone el telescopio en la mano de Dave. Y Dave lo levanta lentamente y mira. Lorimer puede oír cómo respira.

De golpe Dave empuña el micrófono.

—¡Houston! —dice ásperamente—. *Pájaro del Sol* a Houston. *Pájaro del Sol* llama a Houston. ¡Adelante, Houston!

En el silencio el altavoz chilla: «¡Han encendido los motores...! ¡Espera, están llamando!», y calla.

En la cabina del *Pájaro del Sol* nadie habla. Lorimer mira las estrellas gemelas que están delante, realidades imposibles que le dan vueltas a su alrededor mientras los

minutos se coagulan. La cara reflejada de Bud mira hacia abajo, ya sin sonreír. La barba de Dave se mueve silenciosa. Está orando, comprende Lorimer; Dave es el único espíritu religioso de la tripulación. En las comidas de los domingos pronuncia una oración digna y concisa. De pronto, Lorimer siente una extrema piedad por Dave: está tan profundamente ligado a su familia, sus cuatro hijos... Siempre está pensando educarlos, llevarlos a cazar, pescar, acampar. Y su esposa, Doris, tan increíblemente activa y dulce, viajando con ellos, haciendo cosas para la comunidad... Recuerda que ella era la que llevaba a Penny y a Jenny a la escuela cuando Ginny enfermó. Buena gente, la vértebra... No es posible, piensa. La voz de Packard surgirá en un minuto más; ahora la antena está bien orientada. Van seis minutos. Todo esto pasará. «Antes del año dos mil...». Olvídalo, la lengua habría cambiado. Piensa en Doris. Ella tiene ese fulgor..., alimenta a sus cinco hombres. Las mujeres con hijos varones son diferentes. Pero Ginny, su querida mujer, su esposa, sus hijas... ¿Abuelas, ahora? ¿Muertas, polvo? Deja de pensar en eso. Dave sigue orando. ¿Quién sabrá lo que pasa dentro de esas cabezas? El grito de Dave... Doce minutos; ya tendrían que responder. El segundero se habrá atascado; no, se mueve. Trece. Es una locura, un sueño. Trece y... Catorce. El altavoz que sisea y cloquea. Quince minutos. Un sueño... ¿O esas mujeres esperarán para que veamos? Dieciséis...

A los veinte Dave mueve la mano; la detiene. Los segundos transcurren, el espacio cruje. Treinta minutos.

—Llamando al mayor Davis de *Pájaro del Sol*. —Es la mujer madura, una voz gentil—. Habla Central Luna. Ahora somos el equipo de servicios y comunicaciones para vuelos espaciales. Lamentamos informarles que ya no hay centro espacial en Houston. La ciudad de Houston fue abandonada cuando la base se trasladó a White Sands hace más de dos siglos.

Una luz fría y polvorienta envuelve el cerebro de Lorimer y lo aísla. Así se queda durante un largo rato.

La mujer vuelve a explicarles todo, y les ofrece ayuda. Pregunta si están lesionados. Un discurso digno y bonito. Dave todavía está inmóvil, mirando la Tierra. Bud le pone el micrófono en la mano.

—Diles, Dave.

Dave lo mira, aspira profundamente, aprieta el botón.

—*Pájaro del Sol* a Control Luna —dice con toda normalidad (es «Central» Luna, piensa Lorimer)—. Recibido. Funciones vitales, negativo, no tenemos problemas. Recibida sugerencia de cambio de curso, procedemos a reprogramar. Apreciamos oferta de colaboración. Sugerimos transmitan datos de posición para que podamos

corregir rumbo. Ah, economizaremos transmisión hasta ver el estado de nuestros acumuladores. *Pájaro del Sol* fuera.

Y así había empezado.

CUATRO

La mente de Lorimer flota hacia Lorimer flotando en el *Gloria*, casi un año, o trescientos años, después. Observando y siendo observado por ellas. Todavía se siente animado, satisfecho; el temor subterráneo no ha aflorado más. Pero hay tanto silencio. Le parece no haber oído voces durante mucho tiempo. ¿O no fue tanto? Tal vez la droga influye en su percepción temporal, tal vez ha sido apenas un par de minutos.

—Estaba recordando —le dice a Connie con el deseo de que ella hable.

Ella asiente.

—Tienes tanto que recordar. Oh, lo siento... No debí decirlo.

Los ojos irradian simpatía.

—No tiene importancia. —Ahora todo es como un sueño, su mundo perdido y éste que sólo ahora empieza a vislumbrar—. Debemos de pareceros bestias muy extrañas.

—Estamos tratando de entender —dice ella—. Así es la historia, aprendes los hechos pero no sientes de veras cómo era la gente, cómo los vivía. Esperamos que nos lo digáis.

La droga, piensa Lorimer, eso es lo que están intentando. Decirles... ¿Qué? ¿Podría un dinosaurio contar cómo era? Una serie de imágenes le fluye por la mente, dominada por pantallazos del estacionamiento norte de Operaciones y el teléfono de cocina amarillo de Ginny y esa enredadera enfermiza... Mujeres y enredaderas...

Una risotada lo distrae. Viene de la cámara que llaman el gimnasio; Bud y el resto deben de estar jugando a la pelota. Una idea brillante, en serio, piensa él: usar la fuerza muscular, ejercicios constantes. Por eso están en tan buena forma. El gimnasio es una rueda para ardillas, pero ampliada. Cuando uno trepa o pedalea pared arriba, ésta gira y hace funcionar un engranaje que, entre otras cosas, hace rotar el tambordormitorio. Un auténtico Woolagong... Bud y Dave normalmente hacen los turnos juntos, e impulsan el gimnasio giratorio como grandes simios pálidos. Lorimer prefiere el ritmo parsimonioso de las mujeres, y el ciclo de

aquí le viene de perillas. Generalmente, hace turno con Connie, que no habla mucho, y una de las Judys, que sí habla.

Pero en este momento nadie habla. Con la remota inquietud, Lorimer observa el gran cilindro de la cabina, ve a Dave y a Lady Blue frente al ventanal delantero. Judy Dakar está detrás, callada por una vez. Deben de estar mirando la Tierra. Desde hace varias semanas es un hermoso disco en expansión. La barba de Dave se mueve, está rezando otra vez. Se le ha convertido en hábito, pero no un hábito ostentoso sino con una sinceridad tan obvia que Lorimer, un ateo recalcitrante, no puede por menos que simpatizar con él.

Las Judys han preguntado a Dave qué susurra, por supuesto. Cuando Dave entendió que no tenían noción de la oración y jamás habían visto una Biblia cristiana se hizo un pesado silencio.

—Así que habéis perdido la fe —dijo él, finalmente.

—Tenemos fe —protestó Judy.

—¿Puedo preguntar en qué?

—En nosotras mismas, naturalmente —dijo ella.

—Jovencita, si fueras mi hija te calentaría las nalgas —dijo Dave, y no bromeaba.

No se volvió a tocar el tema.

Pero se recobró muy bien después del espantoso *shock* inicial, piensa Lorimer. Un dios personal, un modelo paterno, el hombre necesita eso. A Dave le da fuerzas y nosotros nos apoyamos en él. Quizá los líderes tienen que creer. Dave se ha portado magníficamente. Animoso, impávido, paciente al medir las posibilidades y atinado al tomar decisiones sobre las inevitables discrepancias en las lecturas de posición, de una manera imposible para Lorimer. Endiablado...

El recuerdo le invade de nuevo. Está otra vez en el *Pájaro del Sol*, los ojos arenosos, escuchando la cháchara de las mujeres, las calmadas respuestas de Dave. Dios, cómo hablaban. Pero sus datos de computadora son correctos. Lorimer sufre, además, por una manía de Dave: su rechazo a transmitirles la aceleración y cantidad de combustible exactas. Sigue reservándose un margen, y hace que Lorimer lo compute.

Pero los márgenes no ayudan. Pronto es evidente que están en un gran aprieto. La Tierra pasará muy lejos de ellos en la próxima órbita, no tienen la aceleración para alcanzarla antes de cruzar su trayectoria. Pueden maniobrar de tal modo que la velocidad disminuya y se crucen con la Tierra en la próxima vuelta, pero eso les llevaría un año extra y para entonces no tendrían más provisiones. La sórdida pregunta de si tienen las suficientes para que resista un hombre solo

se desliza en la mente de Lorimer. La descarta; ésa es para Dave.

Hay una última posibilidad: Venus se acercará a la trayectoria de la nave en tres meses más, y quizá puedan ganar velocidad aprovechando la atracción del planeta. Y se ponen a trabajar en eso.

Entretanto la Tierra se sigue alejando, y también el *Gloria*, cada vez más cerca del Sol. A veces lo reciben en medio de la interferencia solar y luego lo vuelven a perder. Ya conocen a la tripulación: el hombre es Andy Kay, la mujer madura es Lady Blue Parks; parece que están a cargo de la navegación. Después están Connie Morelos y las dos mellizas: Judy París y Judy Dakar, a cargo de las comunicaciones. Las voces de la Luna son femeninas también. Margo y Azella. Los hombres las oyen hablar con Escondita, que se dirige a la cara oculta del Sol. Dave insiste en monitorizar y grabar todo lo que reciben. En general, son repeticiones de sus comunicaciones con Central Luna y *Gloria* mezcladas con una variedad de mensajes muy personales. Cuando se multiplican las referencias a vacas, pollos y otros animales domésticos Dave renuncia de mala gana a su idea de código. Bud cuenta un total de cinco voces masculinas.

—Buen negocio —dice—. Cuando nos fuimos, eran más las chicas que conducían coches. O sea que el espacio es seguro ahora, las hembras mandan. Que ellas se rompan el culo aquí. —Ríe—. Cuando bajemos este pájaro, las estrellas

podrán olvidarse del buen Buddy, sí señor. Una bonita playa y bistecs, cerveza y todas esas muñecas. Eh, seremos historia viva, podríamos cobrar entrada...

Dave adopta la expresión que indica que se ha tocado un tema inapropiado. Para fastidio de Lorimer, Dave desalienta toda especulación sobre lo que les espera en esta Tierra futura. Restringe las transmisiones al problema inmediato. Cuando Lorimer trata de persuadirlo de que mencione al menos su intriga por la falta de alteraciones idiomáticas, Dave simplemente responde: «Más tarde». Lorimer echa humo. Inconcebible. Estar tres siglos en el futuro y no poder aprender nada.

Vislumbran unos pocos hechos a partir de la charla de las mujeres. Hubo diez misiones *Pájaro del Sol* después de ésta, nueve exitosas y una desaparecida. Y el *Gloria* y la nave hermana realizan un vuelo largamente planeado hacia los dos planetas interiores.

—Siempre vamos en pareja —dice Judy—. Pero esos planetas no sirven para nada. Aun así, valía la pena verlos.

—Por todos los santos, Dave. Pregúntales cuántos planetas han visitado —suplica Lorimer.

—Más tarde.

Pero durante la quinta comida, Central Luna de pronto les ofrece algo.

—En Tierra están preparando una historia para vosotros, *Pájaro del Sol* —dice la voz de Margo—. Sabemos que no queréis gastar energía con preguntas, así es que hemos pensado enviaros los aspectos principales por nuestra cuenta. —Ríe—. Es más difícil de lo que creíamos; aquí nadie se especializa en historia.

Lorimer cabecea. Él mismo se ha estado preguntando qué le podría decir a un hombre de 1690 que quisiera saber qué le pasó a Cromwell —¿era la época de Cromwell?— y que nunca hubiera oído hablar de la electricidad, los átomos o los Estados Unidos.

—Veamos, probablemente lo más importante es que no hay tanta gente como en vuestra época. Somos apenas más de dos millones. Hubo una epidemia mundial poco después de vuestra partida. No mataba a la gente pero reducía la población. Es decir, que no nacían niños en casi todo el mundo. Esterilidad. El país llamado Australia fue el menos afectado. —Bud levanta un dedo—. Y el norte de Canadá no lo pasó tan mal. De modo que los supervivientes se reunieron en el sur de los Estados norteamericanos, donde podían cultivar alimentos y contaban con las mejores comunicaciones y fábricas. Nadie vive en el resto del mundo, pero a veces viajamos por ahí. Ah, tenemos cinco actividades principales. ¿Industria era la palabra? Alimentación, o sea granjas y pesca. Comunicaciones y transporte, y espacio. Eso es todo... Y las fábricas necesarias. Creo que vivimos mucho más simplemente que vosotros. Vemos vuestras obras por

todas partes, con mucha gratitud. Ah, os interesará saber que usamos dirigibles como en aquella época, tenemos seis grandes. Y nuestra quinta ocupación: los bebés. ¿Os ayuda eso en algo? Estoy usando un manual infantil que tenemos aquí.

Los hombres han escuchado este discurso paralizados. Lorimer deja enfriar en la mano una bolsa de alimentos. Bud se pone a mascar de nuevo y se atraganta.

—¿Dos millones de personas y vuelo espacial? —Tose—. Es increíble.

Dave mira el altavoz, reflexivo.

—Hay muchas cosas que no nos dicen.

—Tengo que preguntarles —dice Bud—. ¿De acuerdo?

Dave asiente.

—Con prudencia.

—Gracias por la lección, Luna —dice Bud—. La apreciamos de veras. Pero nos cuesta imaginar cómo se mantiene un programa espacial con sólo un par de millones de personas. ¿Podrías informarnos un poco más sobre eso?

Durante la pausa Lorimer trata de evaluar las cifras tambaleantes. De ocho mil millones a dos millones... Europa,

Asia, África, Sudamérica, la misma Norteamérica, borradas. No había más bebés. Esterilidad mundial. ¿Por qué? La peste negra, las hambrunas del Asia... En esos casos la población era diezmada, pero esto es muchísimo peor. No, todo es lo mismo: incomprensible. Un mundo vacío, sembrado de ruinas.

—¿*Pájaro del Sol*? —dice Margo—. Sí, debí haber pensado que querríais saber lo del espacio. Bien, sólo tenemos los cuatro cruceros espaciales y un edificio. Ya conocéis dos. Luego están *Indira* y *Pech*, que ahora van rumbo a Marte. Quizá la cúpula de Marte estaba desde esa época. Vosotros teníais al menos las estaciones satélite, ¿verdad? Y la vieja cúpula lunar, desde luego... Ahora recuerdo, fue durante la epidemia. Trataron de fundar colonias para criar niños, pero la epidemia también llegó allí. Se luchó duro. Os debemos mucho, de veras. A los hombres, quiero decir. La historia lo registra todo, cómo elaboraron un programa mínimo y viable, y entrenaron a todos y los salvaron de los chiflados. Fue una verdadera proeza. Oh, aquí está consignado el nombre de uno de vosotros, Lorimer. Nos complace contribuir a que todo siga en marcha, y creciendo; amamos los viajes. El hombre es un vagabundo, es uno de nuestros lemas.

—¿Oís lo que yo oigo? —pregunta Bud con cómicos parpadeos.

Dave sigue mirando fijo el altavoz.

—Ni una palabra sobre el gobierno —dice lentamente—. Ni una palabra sobre las condiciones económicas. Estamos hablando con un hato de mequetrefes.

—¿Les pregunto?

—Espera un minuto... Sí, pregunta cómo se llaman el jefe del Estado y el director del programa espacial. Eh... No, es todo.

—¿Presidente? —repite Margo cuando Bud le interroga—. ¿Cómo reinas y reyes, quieres decir? Un momento, aquí está Myda. Ella habló con la Tierra sobre vosotros.

La mujer madura que ocasionalmente oyen dice:

—¿*Pájaro del Sol*? Da, entendemos que teníais una actividad muy compleja, con gobiernos. Con tan poca gente nosotros no poseemos ese tipo de estructura formal. La gente de las diferentes actividades mantiene reuniones periódicas y nuestras comunicaciones son buenas, todo el mundo se mantiene informado. La gente de cada actividad se encarga de realizarla mientras está en ese puesto. Son rotativos, ¿comprendéis? Casi siempre durante períodos de cinco años. Por ejemplo, Margo estuvo en los dirigibles y yo estuve en varias fábricas y granjas, y por supuesto en educación, como todo el mundo. Creo que en eso somos muy diferentes de vosotros. Y desde luego todo el mundo trabaja. Y las cosas son básicamente mucho más estables,

me parece. Los cambios son lentos. ¿Es satisfactoria la respuesta? Desde luego podéis consultar con Registro, allí están al tanto de todo. Pero no podemos..., bueno, conduciros a nuestro líder, si es eso a lo que os referís. —Ríe, un sonido alegre y genuino—. Debo aclarar que ésa es una de nuestras viejas bromas. —Y prosigue seriamente—: Es una suerte que hayamos podido entendernos tan bien. Hacemos un gran esfuerzo para impedir que la lengua se altere. Sería trágico perder contacto con el pasado.

Dave toma el micrófono.

—Gracias, Luna. Nos habéis dado algo en qué pensar. *Pájaro del Sol*, fuera.

—¿Qué habrá de cierto en todo eso, Doc? —Bud se frota la cabeza rizada—. Nos están vendiendo una historia de ciencia ficción.

—La verdadera historia la sabremos después —dice Dave—. Primero tenemos que llegar allí.

—Ese punto es bastante dudoso.

Al final de la sesión es más dudoso aún. Ninguna trayectoria de Venus es favorable. Lorimer vuelve a computar todos los datos. Los mismos resultados.

—Creo que no hay ninguna solución, Dave —dice al fin—. Los parámetros son demasiado adversos. No hay nada más que hacer.

Dave se masajea los nudillos, pensativo. Luego cabecea.

—De acuerdo. Seguiremos la secuencia óptima rumbo a la Tierra.

—Diles que saluden si nos ven pasar —dice Bud.

Guardan silencio. Contemplan la perspectiva de una muerte segura de aquí a dieciocho meses. Lorimer duda si podrá hacer otra pregunta, la peor. Está seguro de la respuesta de Dave. ¿Qué decidirá él mismo? ¿Tendrá agallas?

—Hola, *Pájaro del Sol* —irrumpe la voz de *Gloria*—. Escuchad, hemos hecho cálculos. Pensamos que si usáis todo el combustible disponible podréis acercaros a nuestra órbita lo suficiente para que nos desviemos y os recojamos. Así os aprovecharíais de la gravedad solar. Tenemos bastante maniobrabilidad pero menos aceleración que vosotros. Tenéis trajes y especies de propulsores, ¿verdad? Es decir, ¿podéis volar unos pocos kas?

Los tres hombres se miran. Lorimer supone que él no es el único en especular sobre eso.

—Buena idea, *Gloria* —dice Dave—. Veamos qué dice Luna.

—¿Por qué? —pregunta Judy—. Es cosa nuestra, no arriesgaríamos la nave. Sólo perderíamos otro vistazo a Venus, qué importa... Tenemos agua y comida suficiente y si el aire se enrarece un poco, sabremos soportarlo.

—Eh, las chicas tienen razón —dice Bud.

Esperan.

—También lo hemos considerado, Judy —dice la voz de Luna—. No estamos seguras de que entiendas el riesgo. Eh, *Pájaro de Sol*, disculpadme. Judy, si logras rescatarlos tendrás que pasar casi un año en la nave con tres varones de una cultura muy diferente. Myda dice que tendrías que acordarte de la historia y es un riesgo, pese a lo que opine Connie. *Pájaro del Sol*, lamento ser tan ruda. Cambio.

Bud sonrío de oreja a oreja, los demás también.

—Cavernícolas —bromea—. Todas las niñas vuelven preñadas.

—Margo, son seres humanos —protesta Judy—. No es sólo opinión de Connie, todas estamos de acuerdo. Andy y Lady Blue dicen que sería muy interesante. Es decir, si funciona. No podemos dejarlos ir sin intentarlo.

—Nosotros pensamos lo mismo, desde luego —responde Luna—. Pero además hay otro problema. Podrían acarrear enfermedades. *Pájaro del Sol*, sé que vosotros habéis estado aislados durante catorce meses, pero Murti dice que la gente de esa época era inmune a organismos que hoy no existen. Tal vez algunos de los nuestros podrían dañaros también. Todos podrían contraer una enfermedad mortal y la nave se perdería.

—Lo hemos pensado, Margo —dice Judy con impaciencia—. Mira si se establece contacto con ellos, alguien tiene que hacer la prueba, ¿verdad? Nosotras somos ideales. Cuando lleguemos a casa lo sabréis. ¿Y cómo podríamos enfermarnos tan rápido como para no alcanzar a poner al *Gloria* en una órbita estable donde nos recogeríais más tarde?

Esperan.

—Eh, ¿y qué hay de esa epidemia? —Bud se palmea la cabeza exageradamente—. No sé si me interesa la carrera de marica liberado.

—Cállate la boca —dice Dave.

—Chiflados —dice otra voz de Luna—. *Pájaro del Sol*, habla Murti, la encargada de sanidad. Creo que lo más temible es el complejo gripemeningitis, que tiene

mutaciones rápidas. ¿El doctor Lorimer tiene alguna sugerencia?

—Afirmativo, lo pondré en contacto —dice Dave—. Pero en cuanto a su primera observación, señora, quiero informarle que en el momento del lanzamiento la incidencia de violaciones en las fuerzas espaciales de Estados Unidos era cero punto cero. Garantizo la conducta de mi dotación siempre que vosotros podáis controlar la vuestra. Aquí está el doctor Lorimer.

Pero Lorimer, desde luego, no puede decirles nada útil. Comentan las vacunas contra la polio que ellos han recibido, que afortunadamente usaban virus muertos, y varias enfermedades infantiles que, al parecer todavía tienen vigencia. Él no menciona la epidemia.

—Luna, lo intentaremos —declara Judy—. Jamás nos lo perdonaríamos. Ahora determinemos el curso antes de que se alejen más.

A partir de ese momento no hay descanso en el *Pájaro del Sol* con la organización, la computación y los cálculos sobre los datos de posibles intersecciones de trayectorias. Confirman que la aceleración del *Gloria*, en efecto, es baja, aunque la nave es muy maniobrable. El *Pájaro del Sol* tendrá que hacer casi todo el trayecto hasta la cita por su cuenta, siempre que puedan contrarrestar el impulso hacia afuera.

La tensión se rompe una vez durante la larga sesión, cuando Luna llama a *Gloria* para advertir a Connie que se asegure de que la dotación femenina vista ropas apropiadas en todo momento si los hombres suben a bordo.

—Nada de trajes ceñidos, Connie, son demasiado provocativos. —Es la mujer madura, Myda. Bud ríe—. Las ropas de dormir, quizá. Y cuando los hombres se quiten los trajes, sólo Andy debería ayudarlos. Las demás que se alejen. Lo mismo para todas las funciones corporales y el descanso. Esto es muy importante, Connie; deberás tenerlo presente en todo el viaje de regreso. Hay muchos tabúes complejos. Te mandaré una cinta de instrucciones por el blíper. ¿Funciona vuestro receptor?

—Da, lo usamos para el informe de Francia sobre los agujeros negros.

—Bueno. Dile a Judy que esté alerta. Ahora escucha, Connie. Escucha atentamente. Dile a Andy que tiene que leerlo todo. Repito, tiene que leer cada palabra. ¿Comprendido?

—Ajá, de acuerdo —responde Connie—. Entiendo, Myda. Lo hará.

—Creo que nos vamos a perder la diversión, amigos —se lamenta Bud—. Mamá Myda nos ha dejado sin postre.

Hasta Dave ríe. Pero más tarde, cuando el chillido modulado que es un texto entero gorgotea por el altavoz, frunce de nuevo el ceño.

—Ahí va el mensaje.

Se consignan los últimos factores. El programa revisado gira y Luna les confirma.

—Tenemos una posibilidad, Dave —informa Lorimer—. No es muy amplia pero al menos hay dos opciones viables. Siempre que los propulsores principales estén intactos.

—Saldremos de la nave para cerciorarnos.

Esta tarea es agotadora. Descubren una distorsión en la caja deflectora de los motores laterales y pasan cuatro horas sudando para rectificarla. Es apenas la tercera vez que Lorimer sale al espacio abierto, pero se cansa demasiado pronto para alcanzar a fascinarse.

—Ya no podemos hacer más —jadea al fin Dave—. Tendremos que compensar psíquicamente.

—Tú puedes hacerlo, Dave —dice Bud—. Eh, tengo que cambiar las radios de los trajes, recordádmelo.

Psíquicamente... Lorimer emerge a su identidad real, apresada en la enorme y bulliciosa cabina del *Gloria*, frente

al rostro vivo de Connie. Ha debido de pasarse así largas horas... ¿Cuánto hará que sueña?

—Unos dos minutos —sonríe Connie.

—Estaba pensando en la primera vez que te vi.

—Oh, sí. Nunca lo olvidaremos... Nunca.

Él tampoco... De nuevo se despeña en sus recuerdos. Las horas interminables después del primer desvío, que impulsó al *Pájaro* tan bruscamente que todos tuvieron que tomar unas píldoras para las náuseas. Y la voz entrecortada de Judy, que seguía la operación:

—Oh, muy bien... Cuatrocientos mil, magnífico, *Pájaro del Sol*. Casi tres, sin duda llegaréis a cien...

Dave el magnífico ha triunfado.

La sonda de Lorimer es inútil durante el desvío. Tienen que esperar a estabilizarse para la aceleración final, antes de poder ver la extraña señal que florece y se borra en la pantalla. Confían en estar convergiendo hacia un punto de intersección teórico...

—Allá vamos.

La detonación final transforma el desvío en una sacudida brutal mientras las estrellas giran tras el vidrio. Las píldoras

no sirven de nada y el combustible que alimenta los propulsores de posición se atasca. Todos están vomitando antes de poder bombear a mano el resto del carburante y frenar el impulso.

—Es todo, *Gloria*. Venid a buscarnos. Enciende las luces, Bud. A preparar los trajes.

Combaten la náusea mientras se someten a la laboriosa rutina en la cabina maloliente. De pronto la voz de Judy canturrea.

—¡Os vemos, *Pájaro del Sol*! ¡Vemos la luz! ¿Nos veis a nosotros?

—No hay tiempo —dice Dave.

Pero es Bud, quien, a medio vestir, señala entusiasmado la ventana:

—Eh, muchachos. ¡Ahí...!

Lorimer observa, cree distinguir una chispa tenue entre las estrellas arremolinadas antes de inclinarse a vomitar.

—Padre, te damos las gracias —murmura Dave—. Bueno, de prisa, Doc. El equipo.

El esfuerzo de salir con las unidades de propulsión y un par de redes de carga de la nave que rueda en el espacio anula

todo lo demás. Lorimer sólo tiene tiempo de mirar cuando ya flotan enlazados y estabilizados junto al propulsor manual de Dave.

El sol les encandila a la izquierda. Pocos metros más abajo el *Pájaro del Sol* rueda vacío, absurdamente pequeño. Adelante, infinitamente lejos, avanza un punto demasiado desdibujado y amarillo para ser una estrella: el *Gloria*, en su tangente de aproximación.

—¿Podéis acercaros, *Pájaro del Sol*? —les dice Judy en los cascos—. No queremos frenar más por las llamas del escape... Estamos avanzando recto, a cincuenta kas por hora, estimativo.

—Comprendido. Dame tu propulsor, Doc.

—Adiós, *Pájaro* —dice Bud—. A toda marcha, Dave.

Lorimer encuentra puerilmente cómodo eso de ser remolcado por el abismo sujeto a dos expertos. Tiene plena confianza en Dave, jamás considera la posibilidad de que yerren el rumbo y se pierdan en el espacio. ¿Lo desprecia Dave? Quién sabe. ¿Ese silencio obstinado será en parte desprecio por quienes sólo pueden manipular símbolos y no tienen dominio sobre la materia...? Se concentra en dominar el estómago.

Es un viaje largo y oscuro. El *Pájaro* se reduce a una luz titilante que acelera poco a poco en una espiral que

finalmente lo hundirá en el Sol con tantos datos valiosos que son obsoletos desde hace trescientos años. También con el paquete de fotos y cartas que Lorimer se pusiera dos veces en el traje, y otras tantas se sacara. De vez en cuando entrevé el *Gloria*, un borrón que se agiganta hasta ser una maraña incomprensible de medias lunas luminosas.

—Caray, es grande —dice Bud—. Con razón no pueden acelerar; parece una base volante. Se haría trizas.

—Es un crucero espacial. ¿Tienes las redes bien sujetas, Doc?

La voz de Judy irrumpe de golpe en los cascos.

—¡Veo vuestras luces! ¿Podéis verme? ¿Os queda combustible para frenar?

—Afirmativo a ambas, *Gloria* —dice Dave.

En ese momento Lorimer se vuelve lentamente hacia adelante y ve —verá para siempre— la extraña nave contra el campo estelar, y en el flanco oscuro las luces diminutas que son mujeres en las estrellas, esperándoles. Tres..., no. Cuatro. Hay una luz más lejos, que se mueve. Si eso es una cuerda debe de tener más de un kilómetro de longitud.

—¡Hola, soy Judy Dakar! —La voz está cerca—. ¡Oh, madre! ¡Sois enormes! ¿Estáis bien? ¿El aire?

—Ningún problema.

En realidad hieden y están empapados. Demasiada adrenalina. Dave enciende de nuevo los propulsores y de pronto ella se dilata y les sale al encuentro, una araña plateada que cuelga del hilo. El traje parece elegante y flexible; brilla como un espejo, y el equipo es muy pequeño. Maravillas del futuro, piensa Lorimer. Párrafo uno.

—¡Lo habéis logrado! Sujetaos de la cuerda. ¡Frenad!

—Habría que decir algunas palabras históricas —murmura Bud—. Si nos dejas.

—Hola Judy —dice Dave, sereno—. Gracias por venir.

—¡Contacto! —Aúlla Judy—. ¡Adelante, Andy! Frenad, frenad... ¡Allá atrás está el escape!

Y los aferran con fuerza, los desvían en arco hacia la nave. Dave agota el resto del combustible. La cuerda se distiende.

—Sin tironearla —grita Judy—. Oh, lo siento. Cuidado, está floja.

Ella está aferrada a ellos como un gibón. Lorimer puede verle los ojos, la boca excitada. Increíble.

—Enséñame, preciosa —dice la voz de barítono de Andy.

Lorimer se vuelve y lo ve a lo lejos, en el extremo de una pesada amarra, arrastrándoles suavemente. Bud ofrece su ayuda, pero la rechazan.

—Dejaos llevar, por favor —dice una voz de matrona.

Es obvio que Andy no hace esto por primera vez. Son recogidos lentamente, como peces del espacio. Lorimer descubre que ya no alcanza a distinguir el brillo del *Pájaro del Sol*. Cuando él gira sobre sí mismo, *Gloria* se ha transformado en un desordenado racimo de bulbos y varillas alrededor de un gran cilindro central. Puede ver cápsulas y equipos misceláneos acumulados encima de la nave. No como en la ciencia ficción.

Andy enrolla la cuerda en un ovillo flotante. Otra figura revolotea a su lado; Ambos son muy bajos, observa Lorimer cuando se aproximan.

—Aferrad el cable —les dice Andy.

Por un momento, deben esforzarse para combatir la inercia.

—Bienvenidos al *Gloria*, mayor Davis, capitán Geirr, doctor Lorimer. Soy Lady Blue Parks. Supongo que querréis subir cuanto antes. Si, tenéis fuerzas para trepar, adelante. Entraremos todo esto después.

—Gracias —dice Dave.

Suben manoteando los eslabones de la amarra principal, áspera y firme al tacto. Judy se acerca para echarles una ojeada, sonriendo de oreja a oreja y arrastrando la cuerda. Una figura más alta espera junto a la cámara de presión abierta.

—Hola, soy Connie. Creo que podemos recibir dos a la vez. ¿Quieres entrar, mayor Davis?

Es como una emergencia en un avión, piensa Lorimer mientras Dave la sigue adentro. Eso de recibir instrucciones de muchachas menudas y extraordinariamente corteses...

—Azafatas espaciales —le codea Bud—. ¿Qué te parece?

Tiene la cara sudorosa.

Lorimer le dice que entre él a continuación, pues su propio traje lleva menos peso.

Bud entra con Andy. La mujer llamada Lady Blue espera junto a Lorimer mientras Judy trajina en el casco para asegurar las redes de carga. Parece que no calza suelas magnéticas. Tal vez ya no se usan metales ferrosos en el espacio. Cuando Judy empieza a tirar de la cuerda principal con un sencillo cabrestante manual, Lady Blue echa un vistazo crítico al artefacto.

—Yo los fabricaba —le dice a Lorimer.

Por lo que él puede ver, las facciones son apretadas, los ojos oscuros y lustrosos. Algún ascendiente negro, parece.

—Tengo que ir a limpiar la antena de popa —dice Judy.

—Más tarde —dice Lady Blue.

Ambas le sonrían a Lorimer. Luego la escotilla se abre y entran él y Lady Blue. Cuando las trancas se asientan estalla un creciente chillido de aire y el traje de Lorimer se desploma.

—¿Puedo ayudarte?

Ella se ha abierto el visor, la voz es matizada y vivaz. Lorimer aferra las agarraderas con avidez, con los guantes torpes, y se deja quitar el casco. La primera bocanada le sorprende, le cuesta un poco identificar el gas como aire fresco. Luego se abre la escotilla interna, que irradia una luz verdosa. Ella lo hace pasar y salen por un túnel corto. Más adelante se oyen voces, a la vuelta de un recodo. Logra aferrarse de algo y se detiene. El corazón le tiembla en el pecho.

Cuando doble ese recodo el mundo que conoce estará muerto. Desaparecido, cerrado, borrado para siempre con el *Pájaro del Sol*. Estará irrevocablemente en el futuro. Un hombre del pasado, un viajero del tiempo. En el futuro...

Dobla el recodo.

El futuro es un cilindro vasto y brillante, con toda la superficie interna festoneada con objetos que no identifica; frondas de verde. Frente a él flota un extraño cuadro: Bud y Dave, sin los cascos, enormes en sus abultados equipos espaciales blancos. A pocos metros cuelgan dos siluetas con las cabezas descubiertas y trajes brillantes, y dos muchachas morenas con pijamas rosados y ondeantes.

Todos observan fijamente a los dos hombres, los ojos y las bocas abiertas en idénticas expresiones de complacido asombro. La cara, que sin duda es de Andy, sonríe boquiabierto como un chico en el zoológico. Es un chico sorprendentemente joven, pese a la voz profunda, distingue Lorimer. Rubio, enjuto, musculoso y compacto. Lorimer comprueba que apenas puede tolerar la presencia de la mujer de rosa, no sabe si decir que es increíblemente hermosa o fea. La mujer más alta tiene una cara lustrosa y vulgar.

Arriba estalla un sonido extraordinario que finalmente reconoce como un cacareo. Lady Blue pasa a su lado.

—Bueno, Andy, Connie; basta de mirar y ayudadles, quitadles los trajes. Judy, Luna debe de estar tan ansiosa por oír esto como nosotras.

El cuadro despierta a la vida. Después Lorimer recuerda principalmente los ojos; ojos curiosos y brillantes que le recorren las botas, ojos sonrientes que le examinan la

mochila, y siempre esa risa ligera y fácil. Dejan solo a Andy para que les ayude a desnudarse, entre parpadeos ante una indumentaria que a Lorimer todavía le resulta incómoda. Andy parece muy suelto de cuerpo en el traje a medio abrir. Lorimer forcejea con los cierres y piensa: ¡un muchacho! Un muchacho y cuatro mujeres en órbita solar, conduciendo estos enormes cascajos hacia Marte. ¿Tendrá que sentirse humillado? Sólo se siente agradecido cuando acepta una bata corta y un bulbo de té que alguien —¿Connie?— le ofrece.

Judy entra con las redes. Los hombres siguen a Andy por otro pasadizo, Bud y Dave aferrando las batas cortas. Andy se detiene frente a la escotilla.

—Este invernáculo es vuestro, será vuestro *toilette*. Tres es mucho, pero tendréis mucho sol.

El interior es una jungla brillante y exuberante, con agua que gotea y hojas que susurran. Se oye un aleteo: una langosta.

—Haced girar esa manivela. —Andy señala un asiento sobre una enorme tubería—. El pistón aplasta la grava y los desechos para transformarlos en un compuesto que cae en la corteza del suelo. Esa algarroba consume muchísimo hidrógeno y facilita la oxidación. Bombeamos anhídrido carbónico y extraemos el oxígeno. Un verdadero Woolagong.

Lorimer hace una observación crítica mientras Bud prueba el mecanismo.

—¿Qué es un Woolagong? —pregunta Lorimer, perplejo.

—Oh, una de nuestras inventoras. Algunos de sus productos son extraños. Cuando tenemos algún aparato que funciona lo llamamos un Woolagong. —Sonríe—. Los pollos comen las semillas, y las langostas y las iguanas, ¿veis?, comen las hojas. Cuando un invernáculo pasa al lado oscuro iniciamos la cosecha. Con tanta luz creo que podríamos mantener una cabra, ¿no os parece? En vuestra nave no llevabais ningún animal o planta, ¿verdad?

—No —dice Lorimer—. Ni siquiera una iguana.

—Nos habían prometido un *pony Shetland* para Navidad —dice Bud haciendo crujir la grava.

Andy, desconcertado, comparte las risas.

Lorimer está aturdido. No es sólo la fatiga. Ese año en el *Pájaro del Sol* ha atrofiado su capacidad para aceptar las novedades. Atontado, usa el Woolagong y salen dirigidos a la gran sala de control del *Gloria*, donde Dave pronuncia un breve y pulcro discurso para Central Luna, que le envía una grácil respuesta.

—Ahora debemos concluir la alteración del curso —dice Lady Blue.

La impresión de Lorimer era acertada: es una mujer menuda de tez clara en su madurez, con algún ascendiente negro. Connie también tiene un aire exótico. Las demás tienen rasgos europeos.

—Os traeré algo de comer —sonríe Connie con calidez—. Tal vez queréis descansar. Os hemos reservado esos cubículos.

La pronunciación es abierta, como todas las demás.

Cuando abandonan la sala de control, Lorimer percibe la expresión reservada de Dave y sabe que debe de estar sufriendo la realidad de ser pasajero de una nave desconocida. No está al mando, no decide el curso, no recibe las comunicaciones.

Es la última observación coherente de Lorimer, eso y el gusto de la comida, extraña y sabrosa. Y luego los conducen a proa a través de lo que ahora conoce como el gimnasio, al hueco del tambordormitorio. Hay seis compuertas irisadas que parecen puertas gateras. Empuja la que tiene asignada y se encuentra frente a un colchón amplio. Hay anaqueles y un escritorio empotrados en la pared.

—Para tus excreciones. —El brazo de Connie asoma por la compuerta y señala unas bolsas—. Si tienes problemas, asoma la cabeza y llama. Ahí está el agua.

Lorimer simplemente flota hacia el colchón, demasiado exhausto para responder. Su trayecto termina en un pesado aterrizaje y un nuevo motivo de asombro: el tambor empieza a girar suave y calladamente. Se hunde agradecido en el acolchado, más «pesado» a cada minuto que transcurre. Un décimo de gravedad, tal vez más, piensa. Todavía sigue acelerando. Y cae en el sueño más profundo que ha conocido en todo ese año prolongado y fatigoso.

Sólo al día siguiente entiende que Connie y otras dos han estado corriendo en la cámara de gimnasia, la han hecho girar hora tras hora, sin pausa ni esfuerzo mientras charlaban.

Cómo parlotean, piensa otra vez cuando emerge al presente. Burbujas irritantes le afloran en la memoria, las voces de Ginny y Jenny y Penny en el teléfono de la cocina, y antes la voz de su madre y su hermana Amy. Interminable. ¿De qué hablan y hablan y hablan?

—Caramba, de todo —dice la voz real de Connie a su lado—. Es natural compartir.

—Natural...

Como hormigas, piensa. Se frotan las antenas cada vez que se encuentran. ¿Adónde fuiste? ¿Qué has hecho? Se frotan y frotan. ¿Cómo te sientes? Oh, siento esto, siento lo otro, bla-bla fro-fro-fro. La coordinación total de la colmena.

Las mujeres no tienen dignidad. Lo dicen todo, ignoran toda estrategia verbal, el peligro oscuro de nombrar. No pueden contenerse.

—Hormigas, abejas —ríe Connie, y muestra así el diente roto—. Nos ves realmente como esos insectos, ¿verdad? ¿Es porque somos hembras?

—¿Hablé en voz alta? Perdón.

Pestañea para ahuyentar las ensoñaciones.

—Oh, no te disculpes, Es tan triste oír hablar así de tu hermana y tu madre y tus hijos y tu..., tu esposa. Deben de haber sido personas maravillosas. Pensamos que sois muy valientes.

Pero sólo pensó en Ginny y en todas ellas un instante. ¿Estuvo desvariando? ¿Qué le está haciendo esa droga?

—¿Qué nos estáis haciendo? —pregunta, alarmado de veras, casi enfadado.

—No te preocupes, de veras. —Ella le toca la mano, cálida y tímidamente—. Todas lo usamos cuando necesitamos sondear algo. Generalmente es agradable. Es un compuesto de levonoramina; quita las inhibiciones, no te aturde como el alcohol. Pronto estaremos en casa, verás. Tenemos la responsabilidad de comprender, y sois muy parcos. —Lo

mira lánguidamente—. No te sientes mal, ¿verdad? Tenemos el antídoto.

—No... No somos parcos —dice, o trata de decir; la alarma se le ha escurrido en alguna parte, la explicación de ella parece bastante razonable—. Hablamos... cuando... —Tantea buscando una palabra que exprese la prudencia, la contención adulta. ¿Objetividad, tal vez?—. Hablamos cuando tenemos algo que decir. —Recuerda al azar a un animador llamado Forrest, famoso por sus chistes verdes—. De lo contrario todo se derrumbaría —le dice—. Volarías derecho fuera del sistema. No es eso lo que quise decir. Pásalo por alto.

Las voces de Dave y Bud vibran repentinamente en extremos opuestos de la cabina, y le reavivan ese presentimiento ominoso. No nos conocen, piensa. Tendrían que cuidarse, detener esto. Pero siente demasiada serenidad, quiere pensar en su propia y nueva comprensión, el diseño que se le revela por fin.

—Me siento lúcido —atina a decir—. Quiero pensar.

Ella parece complacida.

—Lo llamamos efecto de ataraxia. Es hermoso cuando lo alcanzas.

Ataraxia, calma filosófica. Sí. Pero hay monstruos en el abismo, piensa él, o dice. El lado nocturno. El lado nocturno

de Orren Lorimer, una identidad fogosamente oscura y compleja que espera, encadenada. Son tan vulnerables... No saben que podemos tomarlas. Brotan imágenes: una Judy con los brazos abiertos en los peldaños del gimnasio, sin el pijama rosa, abierta a él. Una secuencia relámpago de ellos tres adueñándose de la nave, las mujeres maniatadas, impotentes, chillando, víctimas de violaciones y abusos. El equipo... Consigue la estación satélite, toma una cápsula y vuelve a la Tierra. Rehenes. Hazles cualquier cosa, no tienen defensa... ¿Bud ha dicho eso realmente? Pero Bud no sabe, recuerda Lorimer. Dave sabe que están ocultando algo, pero piensa que es socialismo o pecado. Cuando se enteren...

¿Cómo lo ha descubierto? Sólo escuchando, en verdad, todos estos meses. Escucha las charlas mucho más que los demás. «Confraternizar», lo llama Dave... Al principio todos escuchaban, por supuesto. Escuchaban y miraban y reaccionaban irremediabilmente ante los cuerpos femeninos, las redondeces tiernas bajo las ropas delgadas e incitantes, las bocas y ojos magnéticos, el olor, el tacto eléctrico. Observando cómo se tocan entre ellas cómo tocaban a Andy, riendo y desapareciendo calladamente en cuchetas compartidas. «¿Qué ocurre? ¿Yo no puedo? Mi necesidad, mi necesidad...».

El poder de ellas, el rencor tenaz... Bud murmuraba y gruñía significativamente pese a las advertencias de Dave. Y siguió fastidiando a Andy hasta que Dave prohibió todo tipo de preguntas. Pero el mismo Dave estaba notoriamente

tenso y leía muchísimo su Biblia. Lorimer descubrió que su cuerpo las husmeaba como un sabueso hambriento, ansiando que los cubículos fueran como parecían ser: sin trabas.

Comprendieron que las instrucciones de Myda debieron ser muy estrictas. La atmósfera ha sido implacablemente aséptica, la discreción impenetrable. Andy ignoró cortésmente todos los sondeos. Ninguna palabra o acto les ha revelado qué ocurre, si es que ocurre algo, en efecto. Lorimer no pudo evitar acordarse del fin de semana que pasó en el campamento de *scouts* de Jenny. Un largo entrenamiento los rescató al fin, y se resignaron a completar la misión a bordo de un súper *Pájaro del Sol*, extrañamente atendidos por un pelotón de varias *girl scouts* y un *boy scout*.

En otros sentidos la recepción no pudo ser más amable. Les han dado el curso de la nave y un cuarto de recreación en un depósito limpio. Visitan la sala de control a su antojo. Lady Blue y Andy les proporcionan datos y manuales, y les muestran cada circuito y artefacto del *Gloria*, dentro y fuera. Central Luna ha despachado una serie de textos científicos y los datos sobre sus satélites y las naves más pequeñas que circulan regularmente entre las colonias de Marte y la Luna.

Dave y Bud se han zambullido en una orgía de tecnicismos. El *Gloria*, como sospechaban, es impulsado por una planta de fisión que consume una serie de minerales lunares. La

propulsión iónica es apenas más avanzada que en los modelos experimentales de su propia época. Hasta el momento, parece que las maravillas del futuro consisten principalmente en modificaciones ingeniosas.

—Es primitivo —le dice Bud—. Lo que han hecho es sacrificar elementos para que sea simple y fácil de mantener. Créelo, pueden impulsar el combustible a mano. ¡Y los repuestos, hermanos! Tienen redundancia redundante.

Pero el interés técnico de Lorimer se disipa pronto. Lo que realmente quiere es estar un tiempo a solas. Hace un vago intento de investigar las novedades de su especialidad, aparentemente escasas, y descubre que no puede concentrarse. Qué demonios, se dice. Hace trescientos años que dejé de ser un físico. Es un alivio estar fuera de la celda del *Pájaro del Sol*. Ha recobrado el hábito de flotar solitario por los pasadizos de la nave, y de emplear el excelente telescopio de 400 milímetros, y de fijarse en la extraña vida de la tripulación.

Cuando descubre que a Lady Blue le gusta el ajedrez, se aviene a una rutina de dos partidas por semana. La personalidad de ella le intriga. Es reservada y tiene una aureola de autoridad. Pero corrige inmediatamente a Bud cuando él la llama «capitana».

—Aquí nadie manda sobre vuestros sentidos. Soy sólo la mayor.

Y Bud retoma el «señora».

Ella juega de manera sólida, atenta a las posiciones, algo más errática que un hombre pero con trampas elegantes de vez en cuando. Lorimer descubre con asombro que existe una sola apertura nueva, un interesante gambito de dama llamado Dagmar. ¿En tres siglos una sola apertura nueva? Lo menciona a los otros cuando vuelven a ayudar a Andy y Judy París a cargar un conversor.

—No han progresado mucho en ningún sentido —dice Dave—. Casi todos los aparatos nuevos datan de la epidemia, Andy... No lo tomes a mal. Parece como si el programa se hubiera estancado. Hace ochenta años que planean este proyecto Titán.

—Llegaremos —sonríe Andy.

—Vamos, Dave —dice Bud—. Judy y yo os comprometemos para la próxima cena con pollo. Todavía estamos a tiempo de formar un equipo de *bridge* aquí. ¡Diantre, si puedo oler ese pollo! Los que pierden comen la iguana.

La comida es tan buena... Lorimer se sorprende de vagabundear por la cocina y ayudar a quienquiera que esté cocinando. Prueba las diversas semillas y raíces mientras las oye hablar. Hasta le gusta la iguana. Empieza a engordar, como todos. Dave ordena turnos dobles de ejercicios.

—¿Quieres llevarnos corriendo a casa, Dave? —refunfuña Bud.

Pero Lorimer disfruta cuando pedalea o corre a lo largo de los peldaños mientras las mujeres charlan y escuchan cintas grabadas. Música familiar: identifica una extraña gama, de Haendel, Brahms y Sibelius a Strauss y baladas e intrincadas formas ligeras de *jazz-rock*. Sin letras. Pero abundantes textos informativos indudablemente seleccionados para él.

En la historia sintética que le han prometido descubre más acerca de la epidemia. Parece haber sido un cuasi virus volátil escapado de laboratorios militares francoárabes, posiblemente potenciado por la contaminación ambiental.

—Al parecer, sólo dañó las células reproductoras —les dice a Dave y Bud—. La mortandad efectiva fue mínima, pero la esterilidad, casi universal. Se cree que produjo una sustitución molecular en el código genético de los gametos; parece que los hombres fueron los más afectados. Mencionan una mengua posterior de nacimientos de varones, lo cual sugiere que el afectado fue el cromosoma Y. Eso sería selectivamente letal para los fetos masculinos.

—¿Sigue siendo peligroso, Doc? —pregunta Dave—. ¿Qué nos pasará al llegar a casa?

—Lo ignoran. La tasa de nacimientos es normal ahora, alrededor de un dos por ciento, y en incremento. Pero la

población actual puede ser resistente. Nunca lograron una vacuna.

—Hay una sola manera de confirmarlo —dice gravemente Bud—. Me ofrezco como voluntario.

Dave le dirige una mirada reprobatoria. Es increíble cómo sigue al mando, piensa Lorimer. Nada de sumisión, por todos los santos. Un equipo.

La historia también menciona los disturbios y combates que devastaron el mundo cuando la humanidad descubrió que estaba estéril. Ciudades bombardeadas e incendiadas, matanzas, pánico, violaciones y secuestros de mujeres en masa, ejércitos merodeadores de hombres biológicamente desesperados, cultos sangrientos. Los chiflados. Pero todo está contado con tanta concisión, hace tanto tiempo... Listas de nombres respetables. «Siempre debemos agradecer a los valientes que defendieron los laboratorios médicos de Denver...». Y luego el drama de reunir las reservas de helio para los dirigibles.

En tres siglos todo es polvo, piensa. ¿Qué sé yo de la detestable guerra de los Treinta Años, tres siglos anterior a mí? La lucha devastó Europa durante dos generaciones. Ni siquiera conozco los nombres. La descripción de la estructura política y económica es aún más sintética. Parece que no tuvieran gobierno, como dijo Myda.

—Es una forma laxa de sistema de crédito social mantenida por consenso. Una especie de período permanente de fronteras —le explica a Dave—. Progresan sin prisa. Desde luego, no necesitan ejército ni aeronáutica. Ni siquiera estoy seguro de que usen una moneda o reconozcan la propiedad privada de la tierra. Reparé en una referencia favorable a las primeras comunas chinas —añade al ver cómo Dave aprieta los labios—. Pero no están sujetos a una comunidad. Viajan. Cuando pregunté a Lady Blue sobre el sistema policial y legal me dijo que esperara hasta hablar con historiadores auténticos. El Registro parece ser sólo eso, no un organismo policial.

—Aquí hay gato encerrado, Lorimer —dice sobriamente Dave—. Sé cauteloso. No nos revelarán la verdad.

—¿Habéis notado que nunca hablan de sus maridos? —ríe Bud—. Pregunté a un par de ellas qué hacían sus maridos y juro que tuvieron que pensarlo. Y todas tienen hijos. Creedme, allá todos se divierten en grande, aunque el buen Andy actúe como si no supiera para qué la tiene.

—No quiero que nadie fisgonee en sus vidas personales y familiares mientras estemos en esta nave, Géirr. Nadie. Es una orden.

—Quizá no tienen familias. ¿Habéis oído hablar alguna vez de matrimonio? Cualquiera chica no haría más que pensar en

eso. Acuérdate de mis palabras, aquí ha habido más de un cambio.

—Las costumbres sociales tienen que haber cambiado hasta cierto punto —dice Lorimer—. Ante todo, es obvio que son más las mujeres que trabajan fuera del hogar. Pero tienen lazos familiares. Por ejemplo, Lady Blue tiene una hermana en una fábrica de aluminio y otra en sanidad. La madre de Andy está en Marte y la hermana trabaja en el Registro. Connie tiene un hermano o hermanos en la flota pesquera cerca de Biloxi, y su hermana vendrá a reemplazarla aquí en el viaje siguiente; ahora se dedicará a los fermentos.

—Esa es la cima del témpano.

—Dudo que el resto del témpano sea muy siniestro, Dave.

Pero en cierto punto esa laxitud empieza a molestar también a Lorimer. Faltan tantas cosas... Matrimonio, amoríos, problemas con los niños, riñas por celos, jerarquías, posesiones, estrecheces económicas, enfermedades, hasta funerales. Todas las fruslerías cotidianas que obsesionaban a Ginny y sus amigas parecen suprimidas de la charla de estas mujeres. Suprimidas... ¿Será posible que Dave tenga razón, que les estén ocultando deliberadamente un aspecto importante, significativo?

—Todavía me sorprende que la lengua no haya cambiado más —le dice un día a Connie mientras trajinan en el gimnasio.

—Oh, cuidamos mucho ese aspecto. —Ella trepa para acercársele, sin usar las manos—. Sería una pérdida espantosa si no pudiéramos entender los libros. A todos los niños se los educa con las mismas cintas originales, ¿ves? Oh, hay palabras que se ponen de moda un tiempo, pero nuestras comunicadoras tienen que aprender los viejos textos de memoria. Eso nos mantiene unidas.

Judy París gruñe desde el pediciclo.

—Vosotros, queridos niños, nunca conoceréis la opresión que hemos sufrido —declama a modo de parodia.

—Judy habla demasiado —dice Connie.

—Todas lo hacemos, es un hecho.

Ambas ríen.

—¿Así que todavía leéis lo que se consideraba nuestros grandes libros, nuestras narraciones y poemas? —pregunta Lorimer—. ¿A quién leéis? ¿H. G. Wells? ¿Shakespeare? ¿A Dickens, Balzac, Kipling, Brian?

Es un tanteo; Brian era un *best seller* que le gustaba a Ginny. ¿Cuándo había leído él por última vez a Shakespeare o los otros?

—Oh, las novelas históricas —dice Judy—. Es interesante, supongo. Grises. No son muy realistas. Sin duda lo eran para vosotros —añade generosamente.

Y se ponen a discutir si las gallinas que están incubando reciben demasiada luz, mientras Lorimer se pregunta cómo pudieron desaparecer de la realidad de un mundo lo que él supone fueron las verdades eternas de la naturaleza humana. El amor, el conflicto, el heroísmo, la tragedia... ¿Todo eso es poco realista? Bueno, las dotaciones de vuelo nunca leen demasiado. Sin embargo, las mujeres leen más... Algo ha cambiado, puede palparlo. Algo tan básico como para afectar a la naturaleza humana. Un desarrollo físico, tal vez. ¿Una mutación? ¿Qué será lo que realmente hay bajo esas ropas flotantes?

CINCO

Son las Judys quienes le revelan una parte.

Está haciendo ejercicios, a solas con las dos. Escucha cómo cuchichean sobre un personaje legendario llamado Dagmar.

—¿La Dagmar que inventó la apertura de ajedrez? — pregunta.

—Sí. Hace de todo, cuando es buena es magnífica.

—¿Es que era mala a veces?

Una de ellas ríe.

—El problema Dagmar, se podría decir. Tiene una tendencia a organizarlo todo. Está bien cuando funciona, pero a veces se le escapa de las manos; ella piensa que es reina o algo así. Después hay que rectificar sus errores.

Todo en presente... Pero Lady Blue le ha contado que el gambito Dagmar tiene más de un siglo.

«Longevidad», piensa. Por Dios, eso es lo que ocultan. Digamos que han duplicado o triplicado la duración de la vida; eso, por cierto, alteraría la psicología humana y afectaría la visión de todas las cosas. ¿Madurez demorada, tal vez? Estábamos trabajando en el rejuvenecimiento por células endocrinas cuando me fui. ¿Qué edad tienen estas muchachas, por ejemplo?

Cuando va a formular una pregunta, Judy Dakar dice:

—Yo estaba en el instituto cuando se descontroló. Pero es buena, después la quise.

Lorimer piensa que alude a un sanatorio, luego comprende que se refiere a una maternidad comunal.

—¿Es la misma Dagmar? —pregunta—. Debe de ser muy vieja...

—Oh, no. Su hermana.

—¿Una hermana con cien años de diferencia?

—Quiero decir su hija. Su..., su nieta.

Y se pone a pedalear aceleradamente.

—Judys —dice la gemela a sus espaldas.

Otra hermana. Parece que todas tienen un número extraordinario de hermanas, reflexiona Lorimer. Oye que Judy París le dice a su melliza:

—Creo que recuerdo a Dagmar en el instituto. Empezó a hacer uniformes para todas. Variedad de colores y números.

—Imposible, no habías nacido —replica Judy Dakar.

Se hace un silencio.

Lorimer se vuelve para mirarlas. Dos rostros alegres y ruborizados le ojean cautelosos, cabecean del mismo modo para apartarse el pelo de la cara. Idénticas... Pero la Dakar, que está en el pediciclo, ¿no es un poco más madura, no tiene la cara más curtida?

—Creí que erais gemelas.

—Ah, las Judys hablan demasiado —dicen a coro, y sonrían culposamente.

—No sois hermanas —les dice él—. Sois lo que llamábamos clones.

Otro silencio.

—Bueno, sí —dice Judy Dakar—. Nosotras lo llamamos hermanas. ¡Oh, madre! Se suponía que no debíamos

decírtelo. Myda dijo que te afectaría muchísimo. Era ilegal en tus tiempos, ¿verdad?

—Sí. Considerábamos inmoral y antiético experimentar con la vida humana. Pero, personalmente, no me afecta.

—Oh, perfecto, magnífico —dicen a coro—. Creemos que tú eres diferente —exclama Judy París—. Eres más hu... Eres más parecido a nosotras. Por favor, no se lo digas a los otros. Oh, no lo harás, ¿verdad? Por favor...

—Es un accidente que estemos dos de nosotras aquí —dice Judy Dakar—. Myda nos advirtió. ¿No puedes esperar un poco?

Dos pares de ojos oscuros e idénticos le suplican.

—Muy bien —dice él con lentitud—. No les diré nada a mis amigos por el momento. Pero si mantengo el secreto tenéis que responder algunas preguntas. Por ejemplo, ¿cuántas personas son creadas de esa manera artificial?

Empieza a notar que sí le afecta en lo personal. Dave tiene razón, demonios. Están ocultando cosas. ¿Se trata de «un mundo feliz» poblado por esclavos subhumanos y gobernado por cerebros maestros? Obreros sin estómago o sin sexo, zombis descerebrados, cabezas humanas conectadas a máquinas, experimentos monstruosos se le cruzan por la mente. De nuevo ha sido un ingenuo. Estas

mujeres de aspecto normal podrían estar enfilando hacia un mundo aborrecible.

—¿Cuántas?

—Hay solamente once mil de nosotras —dice Judy Dakar.

Las dos Judys se miran, y así le confirman algo con toda transparencia. No están educadas para el engaño, piensa Lorimer. ¿Es bueno eso? Y lo distrae una exclamación de Judy París:

—Lo que no entendemos es por qué lo considerabais malo.

Lorimer trata de explicarles, de hacerles entender el horror de la manipulación de la identidad humana, de la creación de vida anormal. La amenaza de la individualidad, el poder temible que se pondría en manos de un dictador.

—¿Dictador? —repite una de ellas, sin entender.

Él las mira a la cara y sólo puede decir:

—Hacer cosas a la gente sin su consentimiento. Creo que es triste.

—Pero eso es justamente lo que pensamos de vosotros —exclama la Judy más joven—. ¿Cómo sabéis quiénes sois, o quién es nadie? Totalmente solos, sin hermanas con las que

compartir nada. No sabéis lo que podéis hacer ni lo que podría ser interesante emprender. ¡Pobres criaturas solitarias...! Caray, obligados a andar dando tumbos y morir, ¡todo para nada!

Le tiembla la voz. Lorimer, estupefacto, nota que ambas tienen los ojos turbios.

—Mejor pongamos esto en movimiento —dice la otra Judy.

Retoman el ritmo y Lorimer logra sonsacarles la verdad por fragmentos. No son embriones de probeta, le dicen indignadas. Madres, como en cualquier especie. Madres jóvenes de la mejor clase. Un núcleo celular somático es insertado en un óvulo femenino sin núcleo y reimplantado en el vientre. Ambas dieron a luz dos «hermanas» en la adolescencia y las criaron antes de irse. Los institutos siempre tienen muchas madres.

Se ríen de su concepto de longevidad. Hasta ahora no han alcanzado más que unas normas de vida saludable.

—Llegaríamos a los noventa sin problemas —le aseguran—. Judy Águila llegó a los ciento ocho, es nuestro récord. Pero al final chocheaba bastante.

El clonaje en sí mismo es viejo, data de la epidemia. Fue parte de los primeros esfuerzos por salvar la raza cuando se

interrumpieron los nacimientos, y han continuado desde entonces.

—Es tan perfecto... Cada cual tiene un libro, es realmente una biblioteca —le dicen—. Todos los mensajes son registrados. El libro de Judy Shapiro: eso somos nosotras. Dakar y París son nuestros nombres personales, ahora están de moda las ciudades.

Ríen a la vez que tratan de no hablar al mismo tiempo sobre cómo cada Judy añade a su memoria individual sus aventuras y problemas y hallazgos al genotipo que todas comparten.

—Si cometes un error es útil para las otras. Desde luego, tratas de no cometerlo... O al menos, de no cometer uno nuevo.

—Algunas de las viejas no son tan realistas —interviene su *alter ego*—. Las cosas eran harto diferentes, quizá. Hemos hecho síntesis de las partes que nos gustan más. Y de cosas prácticas. Por ejemplo, las Judys tienen que cuidarse del cáncer de piel.

—Pero tenemos que leerlo todo de nuevo cada diez años —dice la Judy llamada Dakar—. Es inspirador. Con el tiempo entiendes a algunas que antes no entendías.

Divertido, Lorimer trata de imaginar cómo sería oír las voces de trescientos años de Orren Lorimers. Lorimers

matemáticos o fontaneros o artistas o vagabundos o quizá criminales. Y muchísimos dobles vivientes. Lorimers viejos y Lorimers niños. Y las mujeres e hijos de otros Lorimers. ¿Le parecería divertido o exasperante? No lo sabe.

—¿Habéis escrito ya vuestras memorias?

—Oh, somos demasiado jóvenes. Sólo notas, por si hubiera algún accidente.

—¿Estaremos nosotros en las notas?

—¡Imagínate! —Ríen alegremente, después se calman—. ¿De veras no dirás nada? —pregunta Judy París—. Tenemos que decirle a Lady Blue lo que hemos hecho. Uuf. Pero ¿de veras no les contarás nada a tus amigos?

No les había contado nada, piensa ahora, al regresar a su yo viviente. Connie, a su lado, bebe sidra de un bulbo. Y descubre que él también tiene una bebida en la mano. Pero no ha contado nada.

—Las Judys son charlatanas.

Connie meneaba la cabeza, sonriente. Lorimer comprende que debe de haber dicho todo en voz alta.

—No importa —le dice—. Lo habría descubierto pronto de todos modos. Había demasiadas claves... Las Woolagongs inventan, las Mydas se preocupan, las Jans son los cerebros,

los Billy Dees trabajan duro. Recogí seis historias diferentes sobre plantas hidroeléctricas construidas o remodeladas o dirigidas por una tal Lala Sing. Todo vuestro modo de vida. Esto me interesa más de lo que corresponde a un físico respetable —dice con amargura—. Sois... todas clones, ¿verdad? Cada una de vosotras. ¿Qué hacen las Connies?

—Sabes mucho, de veras. —Ella lo mira como una madre cuyo hijo acaba de hacer algo perturbador y brillante—. ¡Oh, bueno! Las Connies labramos como locas, cultivamos cosas. Casi todos nuestros nombres son de plantas. A propósito, yo soy Verónica. Y por supuesto, los institutos son nuestra debilidad. La manía de la crianza. Tendemos a interesarnos por todos los más débiles o pequeños. —Fija los ojos cálidos en Lorimer, que se retrae involuntariamente—. Pero podemos controlarlo. —Ríe de buena gana—. No todas somos así. Hubo también Connies ingenieras, y tenemos dos jóvenes hermanas enamoradas de la metalurgia. Es fascinante lo que puede lograr el genotipo si te esfuerzas. La Constantia Morelos original fue química, pesaba cuarenta kilos y en su vida pisó una granja. —Connie se mira los brazos musculosos—. La mataron los chiflados, peleó con armas. Es tan difícil de comprender... Y tuve una hermana Timothy que fabricó dinamita y cavó dos canales, y ni siquiera era una Andy.

—Una Andy —dice él, como un eco.

—Oh, cielos.

—También me lo imaginaba. Tratamientos tempranos con andrógenos.

Ella asiente, titubeando.

—Sí. Necesitamos fuerza muscular para ciertas tareas. Unas pocas. Las Kays son muy fuertes, de todos modos. ¡Uh!

—De pronto se estira la espalda, se retuerce como si tuviera un calambre—. Oh, me alegra que lo sepas. Ha sido una tensión muy fuerte. Ni siquiera podíamos cantar.

—¿Por qué no?

—Myda estaba segura de que cometeríamos errores, con todas las palabras que teníamos que cambiar. Cantamos mucho.

Tararea suavemente un par de tonadas.

—¿Qué clase de canciones cantáis?

—Oh, de todas clases. Canciones de aventuras, de trabajo, de cuna, de viajes, canciones tristes, canciones serias, canciones en broma... De todo.

—¿Y canciones de amor? —Aventura Lorimer—. ¿Todavía... eh, aman?

—Desde luego, ¿cómo podría no amar la gente? —Pero lo mira con aire dubitativo—. Las historias de amor de vuestra

época son... no sé, tan raras; tristes, crueles, no parece amor... Oh, sí. Tenemos canciones de amor que son famosas. Algunas son un poco tristes, también. Como la de Tamil y Alcmene O, predestinadas a atraerse. Las Connies también están un poco predestinadas. —Sonríe embarazosamente—. Nos encanta estar con Ingrid Anders. Es más bien unilateral. Espero que haya una Ingrid en mi próxima misión. Es tan atractiva... Es como un pequeño diamante.

Las conjeturas le estallan alrededor, chisporrotean preguntas. Pero Lorimer quiere completar ese otro diseño más oscuro que las trasciende.

—Once mil genotipos, dos millones de personas: eso arroja un promedio de doscientas de cada una de vosotras en la actualidad. —Ella asiente—. Supongo que habrá variaciones. ¿Hay más de algunas?

—Sí, algunos tipos no son tan viables. Pero no hemos perdido ninguno desde los primeros tiempos. Se trató de preservar todos los genes posibles, hay gentes de todas las razas y muchas de subrazas menores. Por ejemplo, yo soy el tipo caribe. Desde luego que nunca lograremos saber lo que se ha perdido. Pero once mil es mucho, realmente. Todas tratamos de conocernos unas a otras, es tarea de una vida.

Un escalofrío penetra la ataraxia de Lorimer. Once mil, punto. Ésa es la verdadera población de la Tierra ahora. Piensa en doscientas mujeres altas de tez olivácea con

nombres de plantas, excitadas por doscientas menudas y brillantes Ingrids; doscientas Judys charlatanas, doscientas ceñudas Lady Blues, doscientas Margos y Mydas y el resto. Se estremece. Los herederos, los felices portaféretos de la raza humana.

—Así termina la evolución —dice, sombrío.

—No, ¿por qué? Simplemente va más despacio. Todo lo hacemos con más lentitud que vosotros, creo. Nos gusta experimentar las cosas plenamente. Tenemos tiempo. —Se estira de nuevo, sonriente—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Pero no tenéis nuevos genotipos. Es el fin.

—Oh, ahora sí. El siglo pasado descubrieron la forma de combinar núcleos haploides. Podemos hacer que una célula huevo despojada funcione como polen —dice con orgullo—. Es decir, esperma. Es engorroso, a veces no sale muy bien. Pero ahora estamos descubriendo que ambas X son viables. Tenemos más de cien tipos nuevos en camino. Claro que es duro para ellas, sin hermanas. Las donantes tratan de ayudar.

Más de cien, piensa él. Bueno. Quizá... Pero ¿qué significa que «ambas X son viables»? Debe de aludir a la epidemia. Pero él había pensado que afectaba primordialmente a los hombres. Su mente se pone a trabajar con afán en este

nuevo enigma, e ignora un sonido que desde alguna parte trata de penetrar en su calma.

—Fue un gene o genes del cromosoma X el que resultó afectado —conjetura en voz alta—. No el Y. El rasgo letal tenía que ser recesivo, ¿verdad? Así que no habría nacimientos durante un tiempo, hasta que ciertos hombres se recobraran o estuvieran aislados el tiempo suficiente para producir gametos con cromosomas X intactos. Pero aunque las mujeres llevan su reserva de óvulos femeninos, nunca podrían regenerarse por vía de la reproducción. Cuando copulaban con los varones recobrados sólo podían dar a luz hijas mujeres, pues las mujeres llevan dos X y el gene defectuoso de la madre sería compensado por un X normal del padre. Pero el varón es XY, recibe sólo el cromosoma defectuoso de la madre. Así se manifiesta el defecto letal, el feto masculino moría... Un planeta de muchachas y de hombres en extinción. Los pocos tipos viables perecieron.

—Entiendes de veras —dice ella, admirada.

El sonido se vuelve insistente. Él rehúsa oírlo, esto es significativo.

—De modo que estaremos perfectamente bien en la Tierra. Ningún problema. Teóricamente podemos casarnos de nuevo y tener familias, al menos hijas...

—Sí —dice ella—. Teóricamente.

El sonido le traspasa de pronto las defensas, se transforma en la estentórea voz de Bud Geirr entonando una canción. Ahora suena borracho como una cuba. Parece que proviene del huerto principal, el que usan para cultivar y no para purificar el ambiente. Lorimer siente que el espanto renace, se cierne sobre él. Dave debería vigilarlo. Pero parece que también él ha desaparecido.

Y entonces recuerda que vio a Dave con Lady Blue, que iban a Control.

—Oh, el sol arde brillante sobre la bonita Ala Ro-o-oj-a — canturrea Bud.

Lorimer decide apenado que hay que hacer algo. Se mueve. Es un esfuerzo.

—No te preocupes —dice Connie—. Andy está con ellos.

—No sabéis, no sabéis lo que habéis empezado.

Se dirige con esfuerzo al pasaje que da al huerto.

—... Cuando yacía durmíeendo, un vaquero se fue acercaaando...

Risotada general en el pasadizo. Lorimer se abre paso en el resplandor verde. Más allá de la cerca radial de legumbres ve a Bud, que se acerca a Judy París con exagerado sigilo. Andy flota cerca de las jaulas, de las iguanas, riendo.

Bud aferra un tobillo de Judy y la detiene con un gesto histriónico, haciendo flamear el pijama amarillo. Ella ríe cabeza abajo, sin hacer nada para zafarse.

—Esto no me gusta —susurra Lorimer.

—Por favor, no interfieras.

Connie le ha tomado del brazo y ambos están anclados al anaquel de herramientas. La alarma de Lorimer parece haberse dispersado. Observará, dejará que vuelva la serenidad. Los otros no han reparado en ellos.

—Oh, había una vez una mucama india —canta Bud, más moderado— que nunca tenía miedo de que algún vaquero se la metiera, ejem, ejem. —Ríe y tose ostentoso—. Eh, Andy, oigo que te llaman.

—¿Qué? —dice Judy—. Yo no oigo nada.

—Te llaman, muchacho. Por allá.

—¿Quién? —pregunta Andy, y presta atención.

—Por allá, en nombre de Cristo. —Suelta a Judy y se acerca a Andy impulsándose con el pie—. Oye, eres un gran muchacho. ¿No ves que Judy y yo tenemos que conversar algo en privado? —Hace girar suavemente a Andy y lo empuja hacia la cerca—. Es víspera de Año Nuevo, tonto.

Andy se aleja pasivamente atravesando la cerca de enredaderas, saluda con la mano a Lorimer y Connie. Bud regresa con Judy.

—Feliz Año Nuevo, gatita —sonríe.

—Feliz Año Nuevo. ¿Hacíais algo especial en Año Nuevo?
—pregunta ella con curiosidad.

—Qué hacíamos en Año Nuevo... En víspera de Año Nuevo sí que hacíamos algo —ríe Bud, y la toma de los hombros—. No quieres que te muestre algunas de nuestras primitivas costumbres terráqueas, ¿eh?

Ella asiente, los ojos abiertos.

—Bueno, primero nos deseábamos felicidades, así. —La atrae hacia él y le besa ligeramente la mejilla—. Cristo, qué hembra imbécil —dice con otro tono de voz—. Notas que has estado lejos mucho tiempo cuando cualquier cosa te viene bien. Ah, qué tetas magníficas...

Le mete la mano en la blusa.

Lorimer comprende que el hombre está desprevenido. No sabe que está drogado, piensa en voz alta. Debo de haber hecho lo mismo. Oh Dios... Se refugia tras sus lentes de cristal, un espectador a la sombra protectora de la eternidad.

—Y después nos besuqueábamos un poco. —La voz es de nuevo amable; Bud estrecha a la muchacha, le acaricia la espalda—. Un buen trasero —comenta para sí, y le apoya los labios en la boca; ella no se resiste.

Lorimer observa cómo Bud la abraza con más fuerza, le manosea las nalgas, hurga bajo las ropas. Protegido tras sus lentes, siente que también él se excita. Judy agita los brazos azorosamente.

Bud se separa para respirar, una mano en la cremallera.

—Deja de mirarme —rezonga—. Una palabra más y descubrirás para qué tienes esa boca. Oh, muchacho, un mástil. Como acero... Perra, es tu día de suerte. —Ahora le desnuda los senos, senos grandes... Los acaricia—. Dos condenados años en el culo de la nada —murmura—, ven aquí, ¿quieres? No puedo aguantar, míralo... Bonitas tetitas... —Y vuelve a besarla de prisa y le sonrío—. ¿Bien? —pregunta con su voz tierna, y le hunde la boca en los pezones a la vez que busca los muslos con la mano.

Ella se estremece y suelta un murmullo sofocado.

Las arterias de Lorimer martillean de placer y espanto.

—Creo que hay que parar esto —se obliga a decir con falsedad, con la esperanza de no tener que decir más.

A través de la tensión pulsátil oye un susurro de Connie, algo así como «No te preocupes, Judy es muy atlética». El terror lo apuñala, ellas no saben. Pero no puede evitarlo.

—Coño, ¿estás congelada? —Gruñe Bud—. Eres tonta...

La cara de Judy asoma fugazmente por entre el pelo flotante, y una parte remota de la mente de Lorimer advierte que se la nota divertida e incómoda. Su ser sigue atenta el espectáculo de Bud, experto en el control del cuerpo de ella en medio del aire, que le baja los pantalones amarillos. Oh Dios, el oscuro vello púbico, los muslos blancos y gruesos. Una mujer perfectamente normal, ninguna mutación. Oh Dios... Pero de pronto una sombra móvil se interpone: es Andy, otra vez. Flota encima de ellos con algo en la mano.

—¿Estás a punto, Jude? —pregunta el muchacho.

Bud enrojece de furia.

—¡Lárgate, idiota!

—Oh, no molestaré.

—Cielo santo. —Bud se lanza hacia arriba y aferra el brazo de Andy mientras sostiene a Judy con las piernas—. Esto es cosa de hombres, muchacho. ¿Tengo que explicarte todo? —Mueve el brazo—. ¡Fuera!

Con un movimiento rápido atrae a Andy y le abofetea la cara, después lo arroja contra la enredadera.

Bud ladra una risotada, se inclina sobre Judy. Lorimer puede verle el pene erecto que asoma por la bragueta. Quiere advertirle, ponerle al tanto del peligro, pero sólo puede dejarse llevar por el placer caliente que ahora lo desborda, derrite el caparazón de cristal. Vamos, más. Ve con avidez cómo Bud le besuquea de nuevo los pechos y luego le hace girar bruscamente el cuerpo. Aferra ambas muñecas en un puño y le engancha las piernas con las suyas, las nalgas desnudas de la muchacha se destacan como lunas enormes.

—C-c-u-u-lo —gruñe Bud—. Ya verás, putita...

Atrae las caderas hacia él.

Judy grita, empieza una fútil lucha. El caparazón de Lorimer hierve y estalla. En medio del torbellino los fantasmas de afuera tratan de penetrar. Y algo se está moviendo, un fantasma real. Consternado, ve que es Andy otra vez, que flota hacia los cuerpos unidos empuñando una cosa zumbante. Oh, no... Una cámara. Qué idiotas.

—¡Lárgate! —Trata de decirle al muchacho.

Pero Bud vuelve la cabeza, lo ha visto.

—Pequeño aguafiestas. —Estira el brazo y aferra la camisa de Andy mientras mantiene asida a Judy con las piernas—. Ya me hartaste.

Descarga un puñetazo en la boca de Andy, la cámara se aleja girando. Pero esta vez Bud no lo suelta, sigue golpeando al muchacho y todos ruedan en el aire, enmarañados.

—¡Basta! —Se oye gritar a Lorimer, que se zambulle a través de la cerca—. ¡Bud, detente! Estás golpeando a una mujer.

La cara feroz se vuelve hacia él, los ojos entornados.

—Piérdete de vista, Doc. Consíguete tu propia chica.

—Andy es mujer, Bud. Estás golpeando a una muchacha. No es un hombre.

—¿Eh? —Bud examina la cara ensangrentada de Andy, le sacude la pechera de la camisa—. ¿Dónde están las tetas?

—No las tiene, pero es mujer. Su verdadero nombre es Kay. Todas son mujeres. Suéltala, Bud.

Bud mira fijo al andrógino, las piernas todavía apretando a Judy, el pene que tantea el aire. Andy levanta las manos en forma vagamente combativa.

—¿Una lesbiana? —dice lentamente Bud—. ¿Una maldita marimacho? Esto tengo que verlo.

Gesticula al azar y manotea por sorpresa la entrepierna de Andy.

—¡No tiene testículos! —Ruge—. ¡No tiene testículos! —Se revuelca en el aire con convulsiones de risa, suelta a Andy y libera a Judy—. ¡Ah, no! —Se interrumpe para aferrar a Judy del cabello y sigue con sus chillidos—: ¡Una marimacho! —Se empuña la verga endurecida y la menea ante Andy—. Sufre, marimacho. —Luego levanta la cabeza de Judy, que ha observado todo sin resistencia—. Mírala bien, muchacha. ¿Ves lo que te ha traído el buen Bud? Esto es todo lo que quieres, confíésalo. ¿Cuánto hace que no ves un hombre de veras, cara de piedra?

Una risa maniática burbujea en las vísceras de Lorimer, la comicidad supera el miedo.

—Nunca ha visto un hombre en su vida, ni ella ni las demás. Imbécil, ¿todavía no te das cuenta? No hay más hombres. Murieron todos hace trescientos años.

La risa de Bud muere lentamente, mientras él se vuelve hacia Lorimer.

—¿Qué has dicho, Doc?

—Los hombres desaparecieron. La epidemia los extinguió. En la Tierra sólo quedan mujeres.

—¿Quieres decir que allá hay dos millones de mujeres y ningún hombre? —Se le afloja la mandíbula—. ¿Sólo marimachos como Andy...? Espera un minuto. ¿De dónde sacan los niños?

—Los generan artificialmente. Son todas muchachas.

—Dios... —La mano de Bud aferra el pene flácido, lo cosquillea distraídamente y le devuelve la rigidez—. Dos millones de hembras calientes allá abajo, esperando al buen Buddy. Dios, el último hombre en la Tierra. Tú no cuentas, Doc. Y el buen Dave está lleno de ideas raras.

Empieza a masturbarse y aún mantiene a Judy aferrada del cabello. El movimiento los hace retroceder un poco. Lorimer ve que Andy —Kay— ha encendido de nuevo la cámara. Hay una gran mancha de sangre con forma de estrella en la cara aniñada, probablemente del labio cortado. El mismo se siente apresado en el aire espeso. Vaciado, falto de lucidez.

—Dos millones de hembras —repite Bud—. Nadie en casa, sólo muchachas por todas partes. Puedo hacer lo que se me antoje, en cualquier momento. Basta de tonterías. —Se masturba más rápido—. Cubrirán kilómetros a la redonda para suplicarme..., forcejeando entre ellas. Todas para mí, el

rey Buddy... Desayunaré fresas y mujeres. Tetas calientes con mantequilla, hombre. Diantre, tendré un par de muchachitas que estén todo el día lamiéndome crema batida de la verga... ¡Eh, organizaré concursos! Buddy ahora tendrá sólo lo mejor. No a ti, vaquillona. —Sacude la cabeza de Judy—. Hembritas jóvenes, agujeritos estrechos. Las yeguas viejas se calentarán mientras las miro.

Frunce ligeramente el ceño y se acaricia.

En un rincón clínico de la mente de Lorimer se aloja la suposición de que la droga está demorando la eyaculación, y piensa que la concentración de Bud en sí mismo debería darle alivio. Pero en cambio, incomprensiblemente, le aterra.

—Seré un rey, un dios —murmura Bud—. Me harán estatuas, mi verga de un kilómetro de altura, por todas partes... Las pelotas sagradas de Su Majestad. Las adorarán... Buddy Geirr, la última verga de la Tierra... Hombre, si el viejo George pudiera verlo... Cuando los chicos se enteren, se morirán de envidia, ¡iuuuuu! —Frunce aún más el ceño—. No puede ser que todos hayan desaparecido. —Los ojos extraviados encuentran a Lorimer—. Eh, Doc. En alguna parte ha de quedar algún hombre, ¿verdad? Dos, o tres, al menos.

—No. —Lorimer sacude la cabeza con esfuerzo—. Están todos muertos, todos.

—Mierda. —Bud se vuelve para mirarlos—. Tiene que quedar alguno, dime que sí. —Tironea de la cabeza de Judy—. Dilo, borrega.

—No, es verdad —dice ella.

—No hay hombres —repite Andy/Kay.

—Me estáis mintiendo —gruñe Bud, y se acaricia más de prisa, sacude la pelvis—. Tiene que haber algún hombre, claro que los hay... Se ocultan en las colinas, eso es. La caza, la vida salvaje... Buenos salvajes, lo sabía.

—¿Por qué tiene que haber hombres? —le pregunta Judy mientras la sacuden a un lado y otro.

—¿Por qué, hembra estúpida? —No la mira, se excita furioso—. Porque de lo contrario nada cuenta, imbécil. Ese es el porqué... Hay algunos hombres, unos buenos vaqueros... Buddy es un viejo vaquero...

—¿Ahora expulsará esperma? —susurra Connie.

—Es muy probable —dice Lorimer, o intenta decirlo.

El espectáculo es de un interés meramente clínico, piensa. Nada que temer. Una de las manos de Judy sostiene algo: una pequeña bolsa de plástico. Se lleva la otra mano al cabello pero Bud la sacude, debe de ser doloroso.

—Ahhh, ahh —jadea Bud, lastimero—, asíí, así... —De pronto se acerca la cabeza de Judy a la entrepierna; Lorimer observa la expresión perpleja de la muchacha—. Tienes una boca, perra. ¡Úsala! ¡Tómala, coño! ¡Tómala, ah...!

Una pequeña ostra sale despedida flojamente. El brazo de Judy la persigue con la bolsa mientras ruedan en el aire.

—¡Geirr!

Desconcertado por el bramido, Lorimer se vuelve y ve a Dave —el mayor Norman Davis— que observa desde la entrada. Tiene los brazos extendidos para contener a Lady Blue y la otra Judy.

—¡Geirr! Dije que no se cometerían indignidades en esta nave, y lo dije en serio. ¡Aléjese de esa mujer!

Bud mueve las piernas vagamente, como si no hubiera oído, mientras Judy nada entre ellas para embolsar las últimas gotas.

—Usted, ¿qué demonios hace?

En el silencio, Lorimer se oye decir:

—Parece que toma una muestra de esperma...

—¿Lorimer? ¿No te queda una pizca de cordura en esa mente pervertida? Conduce a Geirr a su cuarto.

Bud se yergue lentamente, rueda.

—Ah, el reverendo Leroy —dice, sin expresión.

—Estás ebrio Geirr. Ve a tu cuarto.

—Tengo noticias para ti, Dave —le dice Bud con la misma voz chata Apuesto a que no sabes que somos los últimos hombres de la Tierra. Dos millones de hembras nos esperan.

—Lo sé —dice Dave, furioso—. Eres un borracho perdido. Lorimer, llévate a ese hombre de aquí.

Pero Lorimer no siente la pulsación de ningún nervio. La voz furiosa de Dave ha conjurado el terror, ha creado una extraña parálisis esperanzada que los envuelve a todos.

—Ya no tengo que aguantarte más —dice Bud con movimientos de cabeza, murmurando no, no, no, mientras se acerca a Lorimer—. Nada más importa. Todos han muerto. ¿Para qué, amigos? —Arruga la frente—. El viejo Dave, él es hombre. Le dejaré algunas. Las más frías... Pobre viejo Doc, eres un bicho raro pero es mejor que nada, también te dejaré algunas... Tendremos lugares, rebaños enteros, ya lo verás... Eh, podemos correr carreras, tiene que haber un millón de coches allá. Podemos ir de cacería. Y luego encontraríamos a los salvajes.

Andy, o Kay, flota hacia él. Se seca la sangre.

—¡Ah no, no te acerques! —Gruñe Bud, y se lanza hacia ella.

Cuando estira el brazo Judy le golpea los tríceps.

Bud suelta un aullido entrecortado, agita las extremidades, y luego flota sin fuerzas, la cara repentinamente serena. Lorimer ve que respira. Está soltando su propio aliento, observando cómo extienden su enorme cuerpo con cuidado. Judy recoge los pantalones de la enredadera y lo remolcan a través de la cerca. Ella lleva la cámara y la bolsa con la muestra.

—Pongo esto en el congelador, ¿verdad? —le dice a Connie cuando pasan.

Lorimer tiene que desviar los ojos.

Connie asiente.

—Kay, ¿cómo está tu cara?

—¡Lo sentí! —responde con entusiasmo Andy/Kay, y frunce los labios—. Sentí la furia física, quise golpearlo. ¡luuuu!

—Meted a ese hombre en mi habitación —ordena Dave cuando pasan.

Se ha movido hacia la luz, por encima de los plantíos de lechuga. Lady Blue y Judy Dakar están de nuevo junto a la pared y observan. Lorimer recuerda lo que quería preguntar.

—Dave, ¿lo sabes, de veras? ¿Has descubierto que son todas mujeres?

Dave lo escruta, pensativo. Erguido, flota con el sol en la barba y el pelo castaños. Rasgos viriles auténticos. Lorimer recuerda a su propio padre, una figura pálida y menuda como él mismo. Se siente mejor.

—Siempre supe que trataban de engañarnos, Lorimer. Ahora que esta mujer ha admitido los hechos entiendo toda la magnitud de la tragedia. —Es su profunda voz dominical. Las mujeres le miran con interés—. Son criaturas perdidas. Han olvidado a Aquel que las creara. Durante generaciones han vivido en las tinieblas.

—Sin embargo, parece que se las arreglan bastante bien —se oye decir Lorimer, aunque le suena bastante idiota.

—Las mujeres son incapaces de gobernar nada, Lorimer. Deberías saberlo. Mira lo que han hecho aquí, es patético. Ni el menor progreso. Pobres almas. —Dave suspira con gravedad—. No es culpa de ellas, lo reconozco. Nadie las ha guiado en trescientos años. Como un pollo con la cabeza cortada.

Lorimer reconoce su propio pensamiento: una masa protoplasmática de dos millones de células, sin estructura, charlatana y trivial.

—«La cabeza de la mujer es el hombre» —dice Dave con vehemencia—. Corintios 1, 11, 3. Ninguna disciplina. —Tiende el brazo y levanta un crucifijo mientras boga hacia la cerca vegetal—. Burlas. Abominaciones. —Toca las plantas y se vuelve, enmarcado por la fronda verde—. Lorimer, hemos sido enviados aquí. El plan de Dios es éste, yo fui enviado aquí. No tú, tú eres tan inútil como ellas. Mi segundo nombre es Pablo —añade en tono coloquial. El sol relumbra en la cruz; en la cara altiva, un semblante fuerte, puro, apostólico. Pese a ciertas reservas intelectuales, Lorimer siente despertar un nervio olvidado—. Oh, Padre, dame fuerzas —ruega Dave con serenidad, los ojos cerrados—. Nos has rescatado del vacío para traer Tu luz a este mundo sufriente. Conduciré a Tus hijas errantes fuera de las tinieblas. Seré un padre severo pero misericordioso para con ellas, en Tu nombre. Ayúdame a enseñar a Tus hijas Tu ley sagrada e infúndeles el temor a Tu justa ira: «Que las mujeres aprendan en el silencio y la sumisión», Timoteo 2,7. Engendrarán varones que las gobernarán y glorificarán Tu nombre.

Él podría lograrlo, piensa Lorimer. Un hombre como éste podría poner la vida en marcha de nuevo. Tal vez hay algún misterio, un plan. Yo ya me daba por vencido. No tengo agallas... Oye que las mujeres cuchichean.

—Esta cinta está terminando. —Es Judy Dakar—. ¿No es suficiente? Sólo está repitiendo.

—Espera —murmura Lady Blue.

—«Y engendró un niño que gobernará las naciones con vara de hierro», Apocalipsis 12,5 —dice Dave, más alto; ahora tiene los ojos abiertos, fijos en la cruz—. Pues de tal manera amó Dios al mundo que envió a su hijo unigénito.

Lady Blue asiente. Judy se acerca a Dave. Lorimer entiende, y la protesta le tiembla en la garganta. No pueden hacerle eso a Dave, tratarlo como un animal, santo cielo... ¡Es un hombre!

—¡Dave! ¡Aléjate, no dejes que se te acerque! —grita.

—¿Puedo mirar, mayor? Es hermoso, ¿qué es? —dice Judy, acercándose con la mano tendida hacia el crucifijo.

—¡Tiene una hipodérmica, cuidado!

Pero Dave ya ha girado sobre sí mismo.

—¡No seas sacrílega, mujer!

Le arroja la cruz como un arma, tan amenazadoramente que ella se retrae en el aire y muestra la aguja que le destella en la mano.

—¡Serpiente! —Dave le pateo el hombro y se impulsa hacia arriba—. Blasfema. Bueno, a partir de ahora impondremos un poco de orden aquí —barbota en su voz ordinaria—. Hacia esa pared, todos.

Atónito, Lorimer ve que Dave tiene en la otra mano un arma, una pistola pequeña y gris que debe haber traído desde Houston. La esperanza y la ataraxia desaparecen, es devuelto a la decadente realidad.

—Mayor Davis —está diciendo Lady Blue.

Ella y las demás se le acercan, directo hacia el arma. ¿Sabrán qué es?

—¡Alto! —les grita Lorimer—. Obedecedle, por Dios. Es un arma balística, puede mataros. Dispara cápsulas de metal.

Empieza a acercarse a Dave a lo largo de las enredaderas.

—Atrás. —Dave gesticula con la pistola—. Tomo el mando de esta nave en nombre de los Estados Unidos de América, con Dios por testigo.

—Dave, guarda esa pistola. No querrás dispararle a la gente...

Dave lo ve y lo encañona.

—Te lo advierto, Lorimer. Métete aquí con ellas. Al menos Geirr es un hombre, cuando está sobrio. —Se vuelve a las mujeres que todavía revolotean perplejas alrededor y comprende—. Muy bien. Primera lección: observen esto.

Apunta cuidadosamente a las jaulas de las iguanas y dispara. Hay una detonación sibilante. Un lagarto estalla en sangre, los gritos cunden. Un gorjeo estridente y mecánico sofoca todos los ruidos.

—¡Una filtración!

Dos cuerpos se lanzan hacia el extremo opuesto, todos se mueven. En la confusión, Lorimer ve que Dave regresa serenamente a la salida, el arma empuñada. Él cruza el anaquel de las herramientas con frenesí para cerrarle el paso. Un cilindro de aerosol se suelta cuando lo aferra, y lo deja pataleando en el aire. El gorjeo de la alarma muere.

—Se quedarán aquí hasta que yo decida enviar por ustedes —anuncia Dave.

Ha llegado a la salida, está empujando la maciza compuerta. Sellará el sector, comprende Lorimer.

—¡No, Dave! Escucha, nos matarás a todos. —Las alarmas internas de Lorimer lo estremecen, ahora sabe para qué ha sido todo ese juego endemoniado y está muerto de miedo—. ¡Dave, escúchame!

—¡Silencio!

El arma gira hacia él. La puerta se mueve, pero Lorimer logra asentar un pie.

—¡Cuidado! ¡Es una bomba! —Con todas sus fuerzas arroja el cilindro a la cabeza de Dave y se lanza detrás—. ¡Apártate!

Y flota impotente en movimientos lentos, oye un nuevo estampido del arma, y aullidos de voces. Dave debe de haber fallado; acertar en esas condiciones no es tan fácil... Y luego se está arqueando hacia abajo, aferrado a una cabellera. Un golpe recio le da en el vientre, una patada de Dave, pero él logra pasarle el brazo por debajo de la barba, mientras el hombre arremete como un toro y lo zarandea.

—¡El arma! —grita.

Gente que lo atropella, golpes. Justo cuando la mano se le afloja y suelta a Dave, otra mano le serpea al lado y aferra el hombro de Dave, y entonces ambos se estrellan contra la compuerta en un nudo. El cuerpo de Dave repentinamente está tieso.

Lorimer se suelta, ve la cara retorcida de Dave, que se vuelve lentamente hacia él.

—Judas...

Los ojos se le cierran. Todo ha terminado.

Lorimer mira alrededor. Lady Blue empuña el arma, está mirando el cañón.

—Baja eso —jadea él, agitado.

Ella sigue examinándola.

—¡Eh, gracias!

Andy/Kay le sonrío torciendo la cara, frotándose la mandíbula. Todas sonrían, le hablan cálidamente, se palpan los cuerpos, las ropas rasgadas. Judy Dakar tiene una magulladura en el ojo, Connie sostiene por la cola una iguana destrozada.

Al lado, Dave flota. Su respiración es convulsiva, la cara ciega apunta al Sol. «Judas...» Lorimer siente que el último escudo se le resquebraja dentro, y la desolación lo inunda. «En la cubierta yace mi capitán».

Andyquenoeshombre se acerca y cierra con destreza la chaqueta de Dave, la aferra y lo remolca hacia afuera. Judy Dakar los detiene un instante para ceñir la cadena del crucifijo en la mano de Dave. Alguien ríe casi cordialmente cuando pasan al lado.

SEIS

Por un instante, Lorimer está de vuelta en aquella sala de baño de Evanston. Pero han desaparecido... Todas las muchachitas gorjeantes, desaparecidas para siempre con los muchachotes que esperaban fuera para burlarse de él. Bud tiene razón, piensa. Nada más importa. La pena y la furia le martillean. Ahora sabe qué era lo que temía: no la vulnerabilidad de ellas, sino la suya.

—Eran buenos hombres —dice amargamente—. No son malos. No sabéis lo que significa la maldad. La culpa fue vuestra, por incitarlos. Los habéis obligado a hacer locuras. ¿Fue interesante? ¿Aprendisteis mucho? —Le tiembla la voz—. Todos tenemos fantasías agresivas. A ellos nunca los habían vencido. Nunca. Hasta que los drogasteis.

Lo miran en silencio.

—Pero nadie las cumple —dice al fin Connie—. Las fantasías, quiero decir.

—Eran buenos hombres —repite Lorimer, elegíaco; sabe que está hablando por todos; por el Padre de Dave, por la virilidad de Bud, por sí mismo, por Cromañón, quizá también por los dinosaurios—. Yo soy un hombre. Sí, por Dios, estoy furioso. Tengo derecho. Os hemos dado todo esto, lo hemos construido todo. Os hemos legado vuestra preciosa civilización y vuestros conocimientos y comodidades y medicinas y sueños. Todo. Os hemos protegido, nos deslomamos para defenderos a vosotras y a vuestros hijos. Ha sido difícil; una pelea, una pelea durísima. Somos violentos. Teníamos que serlo, ¿no entendéis? ¿No podéis entenderlo, en nombre de Cristo?

Otro silencio.

—Lo estamos intentando —suspira Lady Blue—. Lo estamos intentando, doctor Lorimer. Por supuesto que disfrutamos de esos inventos y apreciamos el papel de ustedes en la evolución. Pero debe entender el problema. En mi opinión, el principal peligro del que había que proteger a la gente eran otros machos de la especie, ¿verdad? Acabamos de presenciar una demostración extraordinaria. Ustedes han revivido la historia ante nuestros ojos. —Los ojos pardos y rugosos le sonrían; una matrona menuda, color té, que empuña un artefacto obsoleto—. Pero la pelea terminó hace tiempo. Terminó con los hombres, supongo.

No podemos dejar personas así, sueltas en la Tierra. Simplemente no contamos con medios para gente con semejantes problemas emocionales.

—Además, creo que no seríais muy felices —añade con honestidad Judy Dakar.

—Podríamos utilizarlos para el clonaje —dice Connie—. Sé de gente que se ofrecía como voluntaria para la maternidad. Las jóvenes servirían. Podríamos intentarlo.

—Ya hemos pasado por todo eso. —Judy París bebe del depósito de agua; se limpia y escupe en los almácigos, mira a Lorimer con preocupación—. Ahora tendríamos que encargarnos de esa filtración, mañana podremos hablar. Y mañana, y mañana. —Le sonrío, mientras se frota la entrepierna, distraída—. Estoy segura de que mucha gente querrá conocerlos.

—Dejadnos en una isla —dice fatigosamente Lorimer—. En tres islas.

Esa expresión, conoce esa expresión de preocupada compasión; la madre y la hermana habían puesto la misma cara aquella vez que apareció el gatito en el patio, enfermo. Lo habían consolado y alimentado, y después lo llevaron tiernamente al veterinario para que lo gaseara.

Una aguda y compleja añoranza de las mujeres que conoció se adueña de él. Mujeres para las que los hombres

no eran irrelevantes. Ginny... Dios santo. Su hermana Amy. Pobre Amy, era buena con él cuando eran niños. La boca se le tuerce.

—Vuestro problema es el siguiente —dice—; si vais a correr el riesgo de concedernos igualdad de derechos, ¿qué podremos dar nosotros, a cambio?

—Precisamente —responde Lady Blue.

Todas le sonrían aliviadas, sin comprender que él no siente alivio.

—Creo que tomaré ahora ese antídoto —dice Lorimer.

Connie se le acerca flotando. Es una mujer corpulenta, cordial, absolutamente extraña.

—Pensé que querrías el tuyo en un bulbo —sonríe amablemente.

—Gracias. —Lorimer toma el bulbo pequeño y rosado—. Sólo una pregunta —dice vuelto hacia Lady Blue, que examina los agujeros de bala—, ¿cómo os denomináis? ¿Mundo de mujeres? ¿Liberación? ¿Amazonia?

—Bueno, simplemente nos llamamos seres humanos. — Los ojos centellean ausentes, y vuelven a las marcas de bala—. Humanidad, género humano. La raza humana.

Se encoge de hombros.

El líquido sabe fresco al bajar, algo como la paz o la libertad, piensa Lorimer. O la muerte.